



Bizarros:

Historias homosexuales en la Cali de los 80.

***Bizarros:
Historias homosexuales en la Cali de los 80.***

Christian David Santacruz Yusti

Trabajo de grado presentado como requisito para optar al título de
Comunicador Social - Periodista

Directora
Patricia Alzate

Escuela de Comunicación Social
Facultad de Artes Integradas
Universidad del Valle

Cali, Colombia
2018

Índice

1.	Presentación	1
2.	Los 80, la revolución política y sexual	7
3.	Lugares de encuentro:	
3.1	Descubrirse diferente	17
3.2	De borondo por la Cali gay	29
4.	La llegada del sida a Cali:	
4.1	Del ostracismo al trabajo grupal	41
4.2	El sida como Proyecto de Vihda	53
4.3	No dejarse morir de miedo	61
5.	Bibliografía	72

Presentación

Por ironías de la vida esta idea nació de una reunión previa a la Marcha de la Diversidad Sexual y de Géneros realizada en Cali en 2014. Una de las asistentes propuso “hacer algo” con el material fotográfico que había recopilado en sus años de recorrer las calles de Cali, diciéndole al transeúnte y al curioso lo orgullosa que está de ser lesbiana. Y digo que es una ironía, porque uno de los propósitos planteados en este proyecto es contar historias desde la cotidianidad del entrevistado, despojado de su rol como activista político, pues es precisamente su función como activista la que termina acaparando el protagonismo cuando de hablar sobre población LGBT —lesbianas, gais, bisexuales y trans— se refiere.

Ese deseo de “hacer algo” para contar parte de la historia de una comunidad que ha sido víctima de una opresión que parece inacabable, regresó a mí un año después, cuando lo propuse como tema de mi trabajo de grado. Llevaba varios años asistiendo a espacios de homosocialización en donde tenía la oportunidad de conocer las problemáticas que enfrentamos las personas con orientación sexual y/o identidad de género diversas y siempre me llamó la atención el hecho de que las discusiones se dieran en tercera persona, se hablara de experiencias ajenas, de leyes y de derechos civiles, se plantearan objetivos a futuro, pero pocas veces —casi nunca— el pasado tomaba la palabra a través de una anécdota o de un recuerdo.

Varias ideas empezaron a rondar en mi cabeza y fue cuando ese algo tomó forma: yo quería recuperar parte de la memoria de la población LGBT de la ciudad de Cali en una década determinante: los años 80. En apenas diez años se dieron grandes cambios en el país, como la despenalización de los actos homosexuales, la primera manifestación pública de hombres gais, la aparición de un personaje homosexual en la televisión y la devastadora llegada del sida. Eso sí, desde el principio tuve claro que primaría la experiencia personal, el testimonio de quien vivió cada situación contada, para describir —y descubrir— las prácticas sociales de esos sujetos en aquella época.

Luego le di un nombre. Decidí que se llamaría *Diario de una marica*, porque mi idea inicial planteaba que esas historias se construyeran desde la intimidad de cada persona y que estuvieran acompañadas de imágenes que sirvieran para ilustrar y evidenciar lo que el sujeto entrevistado contaba en su relato. ¿Y por qué “marica”? por ser una palabra que funciona en doble vía: es el término por excelencia para atacar a los hombres que tienen relaciones sexuales o sentimentales con otros hombres, a los que tienen comportamientos femeninos y a las mujeres trans que no logran pasar

desapercibidas ante las miradas acusadoras de quienes no toleran la diferencia; sin embargo, dentro de la comunidad LGBT, “marica” se le dice a la amiga o al amigo, al otro que comparte los mismos gustos y preocupaciones; es una expresión que nos identifica y nos representa.

La mejor forma para empezar a materializar esa idea fue buscando experiencias similares, personas que hubieran sentido la misma curiosidad y que, quizás, tuvieran parte de ese camino recorrido. Pero fueron pocos los resultados porque sobre la comunidad, población o movimiento LGBT se ha escrito bastante en términos políticos, pero no en las condiciones temáticas ni espacio-temporales que me interesaban. Entonces acudí a escritos de personas como Manuel Velandia —fundador junto a León Zuleta del Movimiento por la Liberación Homosexual, MLH— y de Mauricio Albarracín -abogado y activista LGBT-, que si bien trataban cuestiones políticas, tendieron el puente para llegar a publicaciones como Ventana Gay y El Otro, revistas dirigidas por los organizadores del MLH.

En Ventana Gay —creada en 1980, alcanzó a publicar 20 números hasta desaparecer en 1984— se publicaban cartas de los lectores, poemas y clasificados en busca de encuentros íntimos; incluso, en el apartado llamado “Correo Nacional” de su octava edición —al que tuve acceso gracias a que el abogado y activista LGBT Mauricio Albarracín, tenía publicados apartes de algunos números en su blog personal— un lector escribe lamentándose por la desaparición de una revista similar que, aparentemente, se producía y distribuía en Cali y cuyo nombre era Nosotros; sin embargo, ninguna de las personas con las que hablé recuerda esa publicación. En El Otro —de autoría de León Zuleta, distribuida en universidades de Medellín desde finales de 1976— el enfoque era académico y reflexivo; tenía una sección llamada “El Noticiero” en donde se hizo un paralelo entre los derechos políticos de los homosexuales en Estados Unidos y en Europa con la situación que se vivía en Colombia.

El tercer documento consultado fue la tesis de grado del historiador Eugenio Sánchez Salcedo, llamada “Historiografía de textos acerca de la homosexualidad en Colombia”, donde el autor analiza un gran número de escritos que abordan el tema de la homosexualidad. En esa tesis encontré dos entrevistas a un par de hombres homosexuales que narran cómo eran sus vidas en Cali y en Santander de Quilichao, el ámbito familiar, los lugares de encuentro entre homosexuales y la relación con personas de los otros subgrupos que forman la sigla LGBT; fue el primer acercamiento que me permitió conocer las experiencias de hombres cuyo rango de edad (entre 45 y

55 años) estaba dentro de los parámetros de esta investigación.

Otro trabajo de grado que me permitió conocer la amplia oferta de sitios nocturnos, salas de vídeo y espacios públicos frecuentados por hombres homosexuales fue “Nictálopes al encuentro de un otro que es un yo, sociografía de los lugares para hombres gay en Cali”, escrito por el sociólogo Néstor Alexander Salazar Esquivel. Aunque los lugares que describe los visitó entre inicios y mediados de los años 90, muchos llevaban más de una década de funcionamiento, lo que me dio herramientas para abordar con mayor grado de conocimiento los temas que iba a tratar con mis entrevistados.

Pensé en contactar a un mínimo de dos personas que representaran cada uno de los sectores sociales LGBT, es decir: dos lesbianas, dos gais, dos bisexuales y dos personas trans. Luego organicé un extenso cuestionario dividido en cuatro grandes núcleos temáticos. **Espacios de encuentro:** lugares de acceso público (parques, edificios, salas de vídeo) o creados exclusivamente para las personas con orientación sexual y/o identidad de género diversa (bares, discotecas, saunas), en donde se daban cita para conocerse y establecer relaciones erótico-afectivas. **Espacios de movilización:** creados por personas LGBT que se cuestionaban distintos temas de actualidad y en donde se empezaron a conformar los primeros colectivos que dieron pie a las movilizaciones políticas (aunque no tenía certeza sobre la existencia de este tipo de espacios en Cali, conocía de experiencias en Bogotá y Medellín que surgieron incluso varios años antes). **Activismo político:** indagar sobre posibles manifestaciones políticas en espacios públicos de la ciudad, teniendo como antecedente la primera marcha gay en Colombia, realizada el 28 de junio de 1982 en la ciudad de Bogotá. **Sida:** conocer la llegada de esta enfermedad, las rutas de atención médica para las personas infectadas y el cambio en las prácticas sexuales y en las formas de relacionarse.

Me vi en apuros para cumplir con esa cuota de dos personas por cada una de las letras que componen la sigla LGBT y opté por centrarme en los homosexuales, el grupo poblacional que más conozco y del que hago parte. Para mí fue un golpe bajo, porque entiendo que cada proceso de visibilización y de reconocimiento de derechos se ha dado de manera dispar y eso incide en las formas como esas personas habitaron y vivieron la Cali de los años 80. Sin embargo, aún hoy existen esas brechas que nos separan y que nos han llevado a luchar de manera individual por la igualdad y el respeto.

En una primera etapa de trabajo hablé con José Manuel Alarcón, propietario del restaurante bar “La Casa del Arte” —hoy en día “El Parche de Jovita”—, que lleva

más de 20 años abierto al público; con Guillermo Pulecio, poeta a quien conocí en un seminario de Cultura, Paz y Diversidad organizado en la Universidad del Valle; con Pámela Montaña, mujer y activista trans, directora de Transmujer (asociación que brinda apoyo a la población trans que ejerce el trabajo sexual); y con Diego Correa, psicólogo de la Corporación de Lucha contra el Sida y docente e investigador de la Universidad Javeriana.

No tuve que entrevistar a todas esas personas para darme cuenta de que la memoria no es un estado que permanezca inmune al paso del tiempo y al olvido. Dificilmente iba a encontrar a alguien que relatara con lujo de detalles situaciones que vivió hace más de 30 años: los recuerdos iban, venían y se confundían con otros espacios, otras épocas, otras historias. Esa situación y la falta de imágenes que evidenciaran o dieran pie al relato del entrevistado, me llevaron a replantear el producto final de mi investigación: ahora le apostaría a la entrevista y a la crónica como los géneros sobre los que construiría las historias.

Me basé en lo que la autora Leonor Arfuch define como el *espacio biográfico*, es decir, ese lugar en el que confluyen distintos géneros discursivos atravesados por una forma narrativa que privilegia la exposición de los sujetos y de sus vidas (Arfuch, 2002). De acuerdo a Arfuch, enfocarse en los modos de vida, en los hábitos y en las costumbres del individuo, puede ser constitutivo del orden social porque la memoria colectiva se puede construir a partir de las subjetividades. Entonces acudí al trabajo periodístico con enfoque cualitativo, usando como herramienta la entrevista semi-estructurada, que me permitía dirigir el diálogo con el entrevistado sin restringir su ejercicio de recordación; gracias a esta metodología, ellos mismos aportaron información valiosa y desconocida para mí, además de nuevas fuentes y otros temas que había pasado por alto.

Junto a esos cambios vinieron modificaciones en la estructura. Ya no serían cuatro núcleos temáticos sino dos: lugares de encuentro y la llegada del sida a Cali. Los otros dos ejes los descarté luego de entrevistar a Guillermo y a Diego, quienes coincidieron en que para ese entonces no se atisbaba ningún viso de activismo político. Fue el sida con su paso arrasador, el que logró movilizar y unir en una causa —a principios de los 90— a una población que sólo se interesaba en la vida nocturna y en satisfacer los deseos de la carne.

Lo único que me quedaba pendiente era el nombre. No podía seguir llamándose *Diario de una marica*, porque ya no sería un diario: no escribiría esas historias muy íntimas, relatadas con datos precisos como fecha y lugar, y acompañadas de fotografías

que evidenciaran lo narrado. Entonces elegí bautizarlo como *Bizarros: historias homosexuales en la Cali de los 80*, porque bizarro en el argot popular es sinónimo de extraño, raro o extravagante, pero su significado real es valiente, arriesgado. Y así son las personas que aparecen en estas cinco historias, también las que no aparecen, pero que conté con la suerte de entrevistar, y aún las que no aparecen, no entrevisté, pero que tuvieron las agallas de ser lo maricas que quisieron en una ciudad y en una época hostil para los homosexuales.

Este trabajo se compone en total de seis textos. El primero de ellos es *Los 80, la revolución política y sexual*, en donde el lector tendrá una mirada compleja del contexto social y político de la década en cuestión. Luego vienen dos historias que componen el primer eje temático correspondiente a los **Lugares de encuentro** —discotecas, bares, teatros, salas de vídeo, espacios públicos, etc.— frecuentados por homosexuales: *Descubrirse diferente* relata las historias de “iniciación” en el “mundo gay”, de dos hombres que hoy son reconocidos personajes de la comunidad LGBT local; y *De borondo por la Cali gay* hace un recorrido cargado de anécdotas, en esos espacios que satisfacieron el deseo de rozar los cuerpos en el baile y en el sexo. Le siguen tres textos que hacen parte del segundo eje llamado **La llegada del sida a Cali**: *Del ostracismo al trabajo grupal* narra la experiencia de un hombre que gracias a su trabajo como psicólogo, logró arrebatarse a la muerte a varios infectados con VIH; *El sida como Proyecto de vihda* evidencia la ardua labor de un grupo de personas —lideradas por un enfermero— que decidieron crear una de las primeras fundaciones que atendió pacientes con VIH; y cierra este eje el texto *No dejarse morir de miedo*, la historia de un sobreviviente diagnosticado como portador del virus desde los años 80, que sigue con vida y goza de muy buena salud.

Dieciséis personas dedicaron varias horas de su tiempo a contarme lo que significó para ellos ser homosexuales en los años 80, y cómo ese factor diferenciador que por desconocimiento genera miedo o rechazo, incidió en los modos como habitaron los espacios de Cali, en cómo vivieron las noches de esta urbe consagrada al baile y a la rumba y en las formas de asumir la llegada de una enfermedad que parecía ser el castigo para esos mal llamados “invertidos”.



Los 80, la revolución política y sexual

Ilustración inspirada en una fotografía de la primera marcha de homosexuales realizada en 1982 en Bogotá

Procesos de organización

Stonewall Inn, un pequeño bar ubicado en el barrio Greenwich Village de New York, es el espacio icónico donde se gestó el movimiento por los derechos civiles de lesbianas, gais, bisexuales y personas trans en Estados Unidos. Aquel sector de Manhattan que funcionaba como una especie de zona de tolerancia habitada en su mayoría por personas homosexuales y trans, vivió horas de tensión cuando Marsha P. Johnson —drag queen, trabajadora sexual y activista por la liberación gay— lanzó la piedra con la que iniciaron las revueltas de la madrugada del 28 de junio de 1969 como protesta a la represión policial: la génesis de distintas organizaciones civiles. Un año después tuvo lugar la primera marcha del orgullo gay, conocida hoy como el Día Internacional del Orgullo LGBT.

Sin duda es el antecedente más importante en la historia de la comunidad LGBT, pero sus efectos no incidieron de forma inmediata en todos esos grupos de personas, llámense homosexuales, lesbianas, bisexuales o trans, que se estaban organizando en otros países del continente.

Al sur de América, un grupo de obreros y militantes comunistas conformaron en 1967, durante la *Revolución Argentina* —como se autodenominó la dictadura militar de Juan Carlos Onganía—, la primera organización de hombres homosexuales de la que se tiene registro en la región, llamada *Nuestro Mundo*. Y aunque su trabajo se vio eclipsado por los acontecimientos en Stonewall Inn dos años después, Néstor Perlongher (2008) —uno de los integrantes del movimiento— asegura en su libro *Prosa plebeya: Ensayos 1980-1992* que trabajaron un par de años enviando documentos sobre la liberación gay a los periódicos porteños y, para agosto de 1971, inspirados en el llamado *Gay Power* de Estados Unidos, se unieron con varias organizaciones en la constitución del *Frente de Liberación Homosexual* (FLH).

Uno de los logros más destacados del FLH fue la publicación de la revista *Somos*, que alcanzó ocho números entre diciembre de 1973 y enero de 1976. Tanto la revista como el FLH cesaron actividades en el '76 cuando una nueva dictadura, llamada *Proceso de Reorganización Nacional*, se tomó el poder y empezó a perseguirlos con su terrorismo de Estado.

En el caso de Colombia, se tiene registro de un pequeño grupo de hombres homosexuales de clase alta que en los años 40 se reunían en la clandestinidad para socializar: se llamaron *Los Felipitos*. También fue en esa década cuando empezaron a aparecer los primeros bares gais exclusivos para hombres, lugares tan sigilosos como

sus visitantes. De *Los Felipitos* no se conocen mayores detalles, lo que sí está claro es que no se trataba de una organización con fines políticos, sino de individuos cuya motivación principal era departir con otros que tuvieran sus mismos gustos eróticos y afectivos. Fuentes consultadas, como el Colectivo León Zuleta, aseguran que el grupo existió por pocos años.

Tres décadas más tarde, el mismo año en que desaparecía el *Frente de Liberación Homosexual* en Argentina, desde Bogotá hacia Medellín se establecía comunicación entre dos personas consideradas pioneras en la conformación del movimiento LGBT en Colombia: León Zuleta y Manuel Velandia. Todo fue posible gracias a una entrevista que le hicieron a Zuleta —por esa época estudiante de Filosofía y Letras en la Universidad de Antioquia— publicada en un periódico, donde afirmaba que pertenecía al Movimiento Homosexual Colombiano, un grupo del que hacían parte, según él, 10.000 miembros. Velandia, también estudiante y con el mismo deseo de hacer parte de un movimiento político que trabajara por los derechos de las minorías sexuales, no dudó en contactar al periódico y, pocos días después, se encontraba hablando por teléfono con Zuleta.

De los 10.000 miembros que conformaban el Movimiento Homosexual Colombiano sólo era real uno: León Zuleta. Nacido en Itagüí en 1952, pronto fue influenciado por las ideas de izquierda que lo llevaron a militar en las Juventudes Comunistas hasta sus 19 años, cuando fue expulsado por declararse abiertamente homosexual. Ejerció como docente en las universidades de Antioquia y de Nariño, de donde también salió expulsado. Lector y escritor empedernido, Zuleta encontró en autores como Foucault, Hocquenghem y Wilhelm Reich, las bases teóricas que lo llevaron a establecer que lo sexual era político y que la liberación sexual sería el camino para revolucionar el orden social. Sus ideas las plasmó en distintos periódicos y revistas hasta crear su propia publicación llamada *El Otro*, donde irónicamente él era el único que escribía bajo distintos seudónimos.

Por su parte, Manuel Velandia cursaba estudios de Filosofía en la Universidad Javeriana de Bogotá y, aproximadamente tres meses después de comunicarse con León Zuleta, se reunieron personalmente en la Capital. Aquella entrevista había suscitado el interés de otras dos personas que también le escribieron a Zuleta: el artista Manuel R. y Guillermo Cortés, profesor universitario, abogado y psicólogo. Velandia fue el encargado de establecer el contacto con ellos hasta concretar un primer encuentro el 9 de abril de 1977, al que asistieron 23 hombres invitados por Zuleta, Velandia, Cortés y Manuel R.; en dicha reunión se originó la primera organización homosexual en

Colombia: el *Grupo de Encuentro por la Liberación de los Gueis*, GELG (la palabra gay fue escrita tal como suena en castellano, para sentar una posición antinorteamericana).

Cada sábado se citaban en la biblioteca cristiana Emmanuel Mounier, donde abordaban discusiones teóricas y de profundización sobre la homosexualidad, relacionadas con temas como “la familia, la pareja, las iglesias, el Estado, la educación, el derecho, la psicología y la psiquiatría” (Velandia: 2007, p. 8), así como la organización de actividades artísticas de resistencia. A mediados de 1980 —según Velandia— fueron echados del lugar por “maricas”, pero eso no impidió continuar con sus actividades y el Parque Nacional pasó a ser su nueva sede. Otros grupos se empezaron a constituir en ciudades como Medellín, Armenia y Bucaramanga, y al conjunto de esas organizaciones se le llamó *Movimiento de Liberación Homosexual de Colombia* (MLHC).

Las manifestaciones en público empezaron en el 80, cuando el GELG se unió como el “contingente de trabajadores homosexuales” (Velandia: 2007, p. 9) a grupos sindicales y de estudiantes en las marchas del primero de mayo. Sin embargo, fue el 28 de junio de 1982 el día en que se aventuraron a recorrer solos las calles de Bogotá, en lo que Velandia denominó como la primera marcha por los derechos de los homosexuales. Treinta personas caminaron desde la Plaza de Toros hasta el Parque de las Nieves, con la particularidad de que habían más policías que marchantes. Fue la primera y la última marcha de la década.

El continuum de las violencias

Primero fue el pacto entre liberales y conservadores en diciembre de 1957 conocido como el *Frente Nacional*, que detonó en la organización de guerrillas revolucionarias de izquierda que hacían presencia en zonas rurales: las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) en 1964, el Ejército de Liberación Nacional (ELN) al año siguiente y el Ejército Popular de Liberación (EPL) en 1966.

Mientras en el mundo se agitaban con fuerza las revueltas —los movimientos estudiantiles, Mayo del 68 en París, el rechazo a la guerra en Vietnam, el movimiento hippie— en el país, Lleras Restrepo acudía a la fuerza pública para reprimir las manifestaciones e impulsaba modestas reformas que iban en contravía a las recomendaciones de Estados Unidos. Llegó 1970 con un fraude electoral que le dio la victoria a Misael Pastrana y motivó la conformación de un nuevo grupo guerrillero con influencia en zonas urbanas: el Movimiento 19 de abril (M-19). Los años 70

transcurrieron entre las arriesgadas acciones —casi cinematográficas— del M-19, el paro cívico más grande en la historia colombiana, la *bonanza marimbera* y la producción incipiente de un nuevo producto tipo exportación: la cocaína.

La década de los 80 empezó con el robustecimiento del narcotráfico, actividad ilegal controlada por el Cartel de Medellín al mando de Pablo Escobar y el Cartel de Cali, en cabeza de los hermanos Rodríguez Orejuela. Colombia pasó a ser un *narcoestado*, pues el dinero producto de la cocaína permeó en las instituciones políticas, en los sectores populares e incluso en la iglesia. Muestra de ello fue el respaldo que recibió Escobar en las comunas de Medellín, a donde llegaba a regalar casas e inaugurar canchas de fútbol; fue apoyado por el arzobispado de esa ciudad, en agradecimiento por sus generosas limosnas; y logró, en 1982, ser representante en el Congreso de la República, con la ayuda de Jairo Ortega y Alberto Santofimio Botero.

Las guerrillas rurales tampoco fueron ajenas a ese fenómeno. Pronto empezaron a financiar su lucha armada gracias a la cocaína: primero, con lo que denominaron *impuesto de gramaje* —el cobro de dinero por cada kilo de pasta de coca que se producía en los territorios que controlaban— y más adelante como productores, desde la siembra de la planta hasta el envío del narcótico al exterior. Por su parte, los carteles montaron “ejércitos privados” encargados de custodiar la droga para evitar el impuesto de la guerrilla, además de infundir el terror y perseguir a quienes dejaban en evidencia su accionar delictivo. Un nuevo actor armado se levantó en el país: los grupos paramilitares.

El paramilitarismo encontró en las mafias del narcotráfico, en grandes terratenientes y ganaderos, y en un sector de las Fuerzas Armadas, apoyo para enfrentar de manera ilegal a los grupos guerrilleros, quienes por esa época acudían a prácticas atroces como el secuestro y la extorsión. Pasó poco tiempo para que los paramilitares se transformaran en verdaderas máquinas de guerra y declararan como su objetivo a cualquier grupo o individuo que amenazara con traer un cambio social o político al país (ejemplo de ello fue el exterminio de casi todos los integrantes del partido político Unión Patriótica).

Su brazo armado también está relacionado, de acuerdo a Carlos Perea (Centro Nacional de Memoria Histórica: 2015), autor del informe *Limpieza social. Una violencia mal nombrada*, con el exterminio de personas que resultaban indeseables en la población, ya sea por sus condiciones sociales —ladrones, drogadictos, pandilleros, prostitutas, homosexuales y trans— o políticas —miembros de un partido político opositor, sindicalistas—, a manos de grupos de civiles, paramilitares y, en menor

medida, guerrilleros que decidieron tomar justicia por mano propia. Perea afirma que “los paramilitares hicieron de la ‘limpieza social’ una operación sistemática” (González & Medellín: 2016).

León Zuleta y Manuel Velandia siguieron trabajando como activistas durante los años 80 y 90, pero su labor se hizo cada vez más difícil, pues el país pasaba por un período de violencia recrudecido por los distintos grupos armados que se fueron configurando en los territorios rurales y urbanos.

Zuleta era homosexual, sindicalista y defensor de derechos humanos con claras ideas de izquierda. En esa multiplicidad de actores violentos, las autoridades aún no esclarecen los motivos que tuvo el hombre que el 23 de agosto de 1993 lo asesinó en su apartamento. Lamentablemente, a Velandia no le fue mejor: recibió en repetidas ocasiones amenazas contra su vida; en 2002, un grupo armado ilegal lanzó al interior de su vivienda una granada de fragmentación, ataque que lo obligó a exiliarse en España desde 2007. Velandia, además, fue el primer homosexual reconocido por el Estado como víctima del conflicto armado.

Ellos dos, pioneros del movimiento LGBT en Colombia, tristemente encarnan los rostros visibles de toda una generación de mujeres lesbianas, hombres homosexuales y personas trans, que fueron hostigadas, violentadas físicamente, desplazadas y asesinadas por esos grupos violentos que han manchado con sangre la historia de Colombia.

Marco legal

La violencia hacia la población LGBT no sólo provenía de los distintos actores armados que co-existían en el territorio. La Ley 95 del 24 de abril de 1936 o Código Penal, facultaba al Estado para castigar los actos homosexuales como se puede constatar en el artículo 323, que atribuye penas entre seis meses y dos años de prisión a quienes “consumen el acceso carnal homosexual, cualquiera que sea su edad”; y en el artículo 329, donde la pena va entre uno y tres años a quien “destine casa o establecimiento para cometer allí actos homosexuales, o autorice a otros para hacerlo”.

La jurisprudencia se mantuvo hasta los años 60. De acuerdo al artículo *La despenalización de los actos homosexuales en Colombia: un cambio legal desde arriba*, del abogado y filósofo Mauricio Albarracín (2015), en el último año de gobierno de Carlos Lleras Restrepo se expidió el Decreto 1118 de 1970 que derogó, entre otros, los artículos 323 y 329, que pasaron a ser contravenciones —una conducta antijurídica

de menor gravedad que no es considerada como delito—. Un año después, el nuevo gobierno de Pastrana Borrero tumbó la norma de su antecesor, pues uno de los artículos derogados permitía hasta cierto punto el consumo de marihuana y la presión de los prohibicionistas se hizo incontenible.

Entrada la década de los 70 se organizaron comisiones redactoras del nuevo Código Penal —que empezó a regir desde 1980— y dentro de los temas a debatir estaban los delitos sexuales. El jurista Lisandro Martínez Zúñiga fue el autor del anteproyecto. Junto a él, un grupo de nueve juristas —divido entre penalizadores y despenalizadores— estudiaron el caso de los actos homosexuales.

Es importante resaltar que la despenalización fue producto del concepto emitido por ese grupo de juristas. No hubo ningún tipo de manifestación o presión pública de grupos homosexuales, pues en esa misma década apenas se estaban organizando los liderazgos en cabeza de Zuleta y Velandia. En ese sentido, de acuerdo al texto de Albarracín, fueron varios factores que influenciaron el trabajo de los expertos en derecho penal responsables del cambio, entre los que se destacan su ideología liberal, la batalla para establecer una separación entre derecho penal y moral, la evidencia científica que dio pie a que la homosexualidad fuera analizada desde el ámbito médico y no desde el discurso moral, y la despenalización a nivel internacional que repercutió en las decisiones tomadas a nivel local.

Ninguno de los nueve juristas consideraba la homosexualidad como una conducta normal. Todo lo contrario, pensaban que se trataba de un comportamiento inmoral y enfermizo; sin embargo, el grupo de los despenalizadores se valió de estudios científicos sobre homosexualidad que existían en la época y basaron la discusión en argumentos científicos, penales y racionales. Ejemplo de ello son los conceptos emitidos por Antonio Vicente Arenas y Carlos Pérez, expertos en derecho penal especial. Arenas argumentó que los homosexuales no producían daños a terceros con su conducta y no eran responsables de la misma, en tanto se trataba de una enfermedad que debía ser tratada y no penalizada. Y Pérez —siguiendo la misma línea— describió el problema como algo complejo e insoluble, como una enfermedad mental o un problema en la formación del sujeto y acuñó la frase “la ley penal protege pero no corrige” (Albarracín: 2015, p. 11).

Lisandro Martínez fue el primero en analizar el tema como una confrontación ideológica y habló de la separación que debía hacerse entre delito y pecado. Tanto él como el jurista Pérez, citaron la experiencia de despenalización en Inglaterra. En ese país la discusión la abordó un grupo de catorce personas en 1954, lideradas por

John Wolfenden. Se encargaron de realizar un estudio sobre la homosexualidad y el marco legal que existía para la época y, dentro de sus actividades, hicieron una serie de entrevistas a individuos de la fuerza pública, a líderes religiosos, a psiquiatras y a homosexuales.

Para septiembre de 1957 se publicó en el Reino Unido el *Wolfenden report* donde se recomienda que la homosexualidad, cuando se trata de un acto privado ejercido de mutuo consentimiento entre dos personas adultas, no debía seguir siendo considerada como delito. Dicho informe generó grandes confrontaciones entre expertos en la materia y fue hasta 1967 cuando esas recomendaciones se tuvieron presentes en la formulación de la ley conocida como *Sexual Offences Act*, proferida por el parlamento de Reino Unido.

Las dos Cámaras de Reino Unido también analizaron un informe presentado por la iglesia católica, representada por el cardenal *Griffin*, a favor de las recomendaciones sobre despenalización contenidas en el *Wolfenden report*. Y fue tanto el impacto producido por la posición que tomó esa institución, que Albarracín llama la atención sobre el hecho de que Lisandro Martínez no citó el informe político —el *Wolfenden*— en la discusión local, según él, porque tenía más peso en un país católico como Colombia el informe *Griffin*.

Así pues, la nueva década empezó con un avance enorme en el camino por el reconocimiento de los derechos de las personas homosexuales. Mauricio Albarracín, recordando algunos apartes del libro de Ebel Botero —activista, intelectual, escritor y crítico literario— *Homofilia y homofobia. Estudio sobre la homosexualidad, la bisexualidad y la represión de la conducta homosexual*, afirma: “Si bien no cambiaron del delito a la libertad sexual de los homosexuales, llevaron la discusión al campo de lo científico e introdujeron la diferencia entre derecho penal y moral” (Albarracín: 2015, p. 24).

Once años después del cambio en el Código Penal, el país empezó a regirse por una nueva Carta Magna, la Constitución de 1991, que reconoce la diversidad étnica, cultural, religiosa y política de la nación. Colombia dejó de gobernarse por valores homogéneos y se transformó en un Estado laico. En dos de sus artículos está explícito que ningún ciudadano puede ser discriminado:

Artículo 13. Todas las personas nacen libres e iguales ante la ley, recibirán la misma protección y trato de las autoridades y gozarán de los mismos derechos, libertades y oportunidades sin ninguna discriminación por razones de sexo, raza, origen nacional o familiar, lengua, religión, opinión política o filosófica.

Artículo 16. Todas las personas tienen derecho al libre desarrollo de su personalidad sin más limitaciones que las que imponen los derechos de los demás y el orden jurídico.

La realidad del país es distinta. A lo largo y ancho del territorio todavía se discrimina y se ataca a las personas de los sectores sociales LGBT. Los avances alcanzados en derechos civiles desde la promulgación de la Constitución Política han sido posibles gracias a acciones legales que la Corte Constitucional ha estudiado y ha fallado a favor, a la luz de lo que se consigna en la Carta Política. Sin embargo, el camino en busca del respeto y la tolerancia por la diferencia aún es largo.

La peste rosa

Los años 80 llegaron con un sabor agri dulce. Por un lado, el Estado ya no perseguía ni castigaba a las personas que realizaran “actos homosexuales”, y puede ser que esa garantía consignada en el nuevo Código Penal haya influenciado, por ejemplo, al Movimiento de Liberación Homosexual en Colombia para organizar la primera marcha gay de 1982. Es una hipótesis. En contraste, como se puede leer en las dos primeras historias resultado de esta investigación, la realidad seguía siendo la misma e incluso más cruel: tanto la fuerza pública —representada por la Policía— como los grupos de “limpieza social”, se encargaron de perseguir y atacar a los homosexuales en espacios y establecimientos públicos. La ley se quedó en el papel.

El 5 de junio de 1981, los Centros para el Control y Prevención de Enfermedades de los Estados Unidos (CDC, por sus siglas en inglés) describieron la aparición conjunta de neumonía y de sarcoma de Kaposi en hombres del estado de California, en su mayoría homosexuales sexualmente activos. Luego de realizarles pruebas de laboratorio, detectaron deficiencias en el número de células sanguíneas conocidas como CD4 (esenciales para estimular la respuesta del cuerpo frente a las infecciones); además, esas personas padecían otras enfermedades crónicas oportunistas, que aprovechaban las bajas defensas del sistema inmune para atacar.

Rápidamente los medios de comunicación bautizaron a la enfermedad con términos como la *peste rosa*, la *peste gay*, el *cáncer gay* o el *síndrome homosexual*, al tiempo que consolidaron la hipótesis de que esa nueva condición sólo atacaba a personas homosexuales. Los avances en el reconocimiento de derechos alcanzados desde aquel 28 de junio de 1969 en Stonewall Inn, estaban en riesgo por esa extraña

peste, cáncer o síndrome que se ensañó con los gais.

Uno de los primeros medios masivos en hablar sobre la enfermedad fue el prestigioso periódico estadounidense *The New York Times*. A un mes del pronunciamiento oficial de los CDC, publicó un artículo con fecha del 3 de julio de 1981 titulado *Rare cancer seen in 41 homosexuals* (Altman: 1981, p. 20), donde describe la enfermedad como una extraña forma de cáncer que con frecuencia resulta mortal: “Doctors in New York and California have diagnosed among homosexual men 41 cases of a rare and often rapidly fatal form of cancer”. Y más adelante cita a uno de los investigadores del CDC de Atlanta, para afirmar que el “cáncer” no es un peligro para las personas “no homosexuales”: “Dr. Curran said there was no apparent danger to nonhomosexuals from contagion. ‘The best evidence against contagion,’ he said, ‘is that no cases have been reported to date outside the homosexual community or in women.’”.

La prensa contó con la legitimación de algunos epidemiólogos, quienes al ver que los síntomas se presentaban en homosexuales, decidieron llamar a la enfermedad *Gay-related Immune Deficiency* (GRID) traducido al español como *inmunodeficiencia asociada a la homosexualidad*. Dadas las condiciones en que se hizo el descubrimiento, sumado al manejo que le dieron los medios de comunicación a la poca información que existía, el *Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida* (sida) —como oficialmente fue nombrado en 1982— se convirtió en un estigma con el que aún, en pleno siglo XXI, deben cargar las personas homosexuales.

En Colombia se tiene registro de la enfermedad en la revista *Acta Médica Colombiana*, la publicación oficial de la Asociación Colombiana de Medicina Interna. En el volumen 9, número 2, que circuló entre marzo y abril de 1984 —el mismo año en que se logró aislar el retrovirus causante del sida: el Virus de Inmunodeficiencia Humana o VIH— se hizo la descripción detallada del primer reporte de muerte asociada al sida, en este caso a una mujer dedicada a la prostitución que ingresa el 5 de enero de ese mismo año al Hospital Universitario de Cartagena. Sin embargo, en el libro *30 años de VIH-SIDA: Balance y nuevas perspectivas de prevención* editado por Javier de la Torre Díaz, este mismo caso es mencionado brevemente con fecha de 1983.

Llama la atención que en el reporte de la revista se resalta como un caso particular, pero no por el hecho de ser la primera persona diagnosticada con el síndrome, sino por considerarse que el sida “es poco frecuente en mujeres” y porque “las prostitutas no han sido consideradas como población de alto riesgo” (Carmona, Caraballo y Sotomayor: 1984, p. 73). En términos generales ese documento da cuenta de la estigmatización que se dio en todos los niveles de la sociedad, producto del

desconocimiento y del pánico que generó el VIH-sida: desde el ciudadano de a pie hasta el personal médico especializado, establecieron una relación directa entre el sida y la homosexualidad.

La situación no fue distinta con los medios de comunicación nacionales, incapaces de escapar de la desinformación y del sensacionalismo, como lo documenta Jorge Márquez Valderrama (2008) en el capítulo *La prensa colombiana como campo de acción y construcción de la doxa del sida*, de su libro *Ciencia, riesgos colectivos y prensa escrita. El caso del sida en Colombia*. Allí analiza el rol que asumió la prensa escrita en la construcción del sentido común y la opinión pública de los colombianos frente a la aparición del sida, desde 1982 (año en que, según el autor, se tiene el primer registro nacional de una noticia sobre la enfermedad) y 1991 (cuando la televisión asume el relevo mediático).

Márquez pone al descubierto las miradas construidas desde los periódicos y las revistas que abordaron la problemática: en muchos de ellos había desconocimiento de la enfermedad, tendencias alarmistas y estigmatización de los grupos de mayor riesgo (en especial, la población homosexual). Por eso habla de una evolución de la información que pasó de ser presentada como curiosidad o novedad, a tratar el tema con mayor análisis y complejidad, lo que no implicó necesariamente que se dejara de lado el estigma. También enfatiza en la construcción social que hicieron los periódicos desde la textualidad —utilizando términos como la *enfermedad de los homosexuales* o el *cáncer gay*— y posteriormente con fotografías —algunas tomadas de publicaciones norteamericanas como Newsweek— en donde aparecían parejas de hombres homosexuales en actitudes de cariño para reforzar entre los lectores la asociación de la homosexualidad masculina con el sida. Según el autor, esas imágenes se volverían endémicas en la prensa entre 1983 y 1989.

Basta con leer el titular y ver las imágenes que acompañan al artículo de prensa titulado *El AIDS: la temible “plaga de los homosexuales”*, publicado por la revista Cromos en abril de 1983, para corroborar la tesis de Márquez. La noticia arranca así: “¡Cuidado! Un nuevo y misterioso mal, por ahora incurable, castiga sobre todo a los homosexuales, los promiscuos y los drogadictos, con más efectividad que maldición de pastor puritano” (Peña: 1983, p. 29). Es claro el tono alarmista que tiene la noticia, pero lo peor, es que muchos periódicos y revistas del país asumieron esa misma tendencia para informar sobre la enfermedad.

Para 1985 se tuvo a disposición una prueba serológica que detectaba algunos de los anticuerpos del VIH a través del método de inmunoabsorción ligado a enzimas

o ELISA. Ese mismo año el planeta se estremeció al conocer la muerte del actor de Hollywood Rock Hudson, quien meses atrás había hecho público su diagnóstico como portador del virus. A nivel local, en la ciudad de Cali se empezó a tener registro —incompleto, valga la aclaración— de las personas infectadas con la enfermedad, como consta en un informe histórico sobre el análisis de la situación en salud realizado por la Secretaría de Salud Pública en 2011. Allí se asegura que “las primeras muertes por esta enfermedad ocurrieron en 1987, 2 años después de diagnosticarse los primeros casos” (Secretaría de Salud Pública Municipal de Cali: 2011, p. 44).

Al año siguiente, el Instituto Nacional del Cáncer de Estados Unidos, junto a la compañía farmacéutica hoy conocida como GlaxoSmithKline, realizaron los primeros estudios clínicos en pacientes con sida suministrándoles un fármaco creado originalmente para tratar pacientes con cáncer: el AZT o zidovudina. Los resultados del estudio fueron positivos y la Agencia para la Administración de Alimentos y Medicamentos (FDA, por sus siglas en inglés) de Estados Unidos, aprobó en marzo de 1987 el uso del AZT como el primer medicamento para tratar a pacientes con sida.

Ese mismo año Colombia vivió un momento histórico para la población homosexual, pero no porque el AZT se estuviera suministrando a los portadores de la enfermedad. No. Se trataba de la primera aparición en pantalla chica de un personaje homosexual en una telenovela: Eurípides, un peluquero famoso de Ricaurte (Valle del Cauca) —interpretado por el actor Carlos Barbosa— que llegó a aspirar a un cargo público en su municipio y, aún cuando se trataba de un personaje secundario dentro de la trama, tuvo cierta regularidad. *El Divino* fue el nombre de aquella producción, adaptada del libro homónimo del escritor Gustavo Álvarez Gardeazábal. Todo un acontecimiento en un país que se ha consagrado al Sagrado Corazón de Jesús y a la televisión.

El final de la década se vivió entre las inevitables muertes de los amigos, de las parejas y de los conocidos, y los incipientes procesos de organización de las entidades gubernamentales y de las organizaciones civiles para hacerle frente a la enfermedad. Y es que el VIH llegó y dejó una marca indeseable sobre los homosexuales, pero también los empujó a dar el siguiente paso: organizarse, crear redes de apoyo, trabajar en equipo para conseguir ayuda profesional, para educar, para acabar el estigma, incluso para traer medicamentos del exterior ante la respuesta tardía del Estado.



***Lugares
de encuentro***

Descubrirse diferente

Recuerdo la emoción que sentí el día que descubrí en Internet una página web llamada *Caliescali*. Dentro del sitio había varias salas de chat, pero una en particular llamó mi atención: *cali ambiente*, donde se daban cita homosexuales, lesbianas, bisexuales, trans y algunos curiosos interesados en conocer personas con gustos que escapan de las reglas heterosexuales. Era el año 2007 y cursaba décimo grado del colegio. Con mi grupo de amigas — porque siempre he andado con niñas— fuimos a hacer tareas a una sala de internet, todo un furor en esa época; ellas empezaron a revisar redes sociales como Hi5 y Facebook —también una novedad, al menos para mí— hasta llegar a aquella página web.

Desde que tengo uso de razón, soy consciente de que me atraen sentimental, física y eróticamente los hombres; sin embargo ha sido un descubrir, paso a paso, lo que significa e implica ser homosexual. De los ataques en el barrio y en el colegio, porque de cuando en vez se me caía una pluma del hermoso plumaje que hoy pavoneo con orgullo, empecé a volverme temeroso y prevenido. Tenía miedo de advertirme demasiado gay en esos lugares hostiles y siempre estaba a la defensiva, incluso con las personas a las que mi sexto sentido, conocido coloquialmente como *radar gay* o *maricómetro*, percibía tan gais como yo.

Esa tarde de tareas trajo a mí una herramienta valiosísima. Encontré ese espacio virtual en donde iba a la fija: conocer hombres homosexuales igual que yo. Toda una proeza teniendo en cuenta que por ser menor de edad no podía entrar a lugares como saunas, salas de vídeo y mucho menos bares o discotecas. Con el tiempo, la oferta en la red se fue ampliando: grupos en Facebook, perfiles en Twitter, páginas especializadas como Manhunt, hasta migrar a las populares aplicaciones en el celular: Grindr, Hornet, grupos en WhatsApp, etc.

La tecnología ciertamente nos ha facilitado la tarea, pero ¿cómo hizo la generación anterior para reunir sus individualidades, establecer lazos de amistad, construir relaciones afectivas y encontrar esos lugares donde podían ser libres de expresar su sexualidad?

El “paisita” encuentra el paraíso

—Venga les muestro algo bien raro —les dijo el papá de José Manuel a él y al resto de la familia— hombres vestidos de mujer que son prostitutas.

Su padre aprovechó la visita de su familia antioqueña para hacer *turismo*. El tour empezó por la carrera Octava en busca del centro de Cali, hasta llegar a los alrededores de la Cámara de Comercio. Allí, bajo la luz amarilla de las lámparas y entre las sombras, estaban las travestis. José Manuel las miró: faldas, blusas y vestidos de colores, cabello de un rubio poco natural, hombros anchos y cintura estrecha, montadas sobre varios centímetros de tacón. Las vio allí, en manada y a la defensiva. Aquel espectáculo lo asustó. Recuerda que corría el año de 1983. Tenía 17 años cuando salieron en el carro de safari, en busca de esa especie rarísima que, siendo hombre, trataba de camuflarse en las prendas y los gestos de las féminas.

En esa época de los safaris en familia, José Manuel lucía joven, delgado, de sonrisa amplia y ojos achinados. No asomaba ni una sola hebra de pelo blanco sobre su abundante cabello negro que hoy se torna en colores grises con entradas pronunciadas. Ganó algunos kilos, pero dejó de ser el muchacho introvertido de su niñez y buena parte de su adolescencia, para convertirse en una de las personas más visibles dentro de la comunidad LGBT de Cali.

A los siete u ocho años supo que le gustaban los varones. No sabía muy bien lo que significaba ser gay, pues llegó casi a los 18 con dos imágenes que definían la homosexualidad para él: aquellas personas vestidas con prendas de mujeres y un hombre de ademanes delicados que visitaba en compañía de su mamá, cada que necesitaba un corte de pelo. Eran otra época y otras costumbres.

+++

La gran vida nocturna para este jovencito de clase media consistía en salir con dos amigos —uno del colegio y el otro del barrio— desde Prados del Norte, subir por toda la Avenida Sexta hasta el CAM y devolverse. Comían hamburguesas en algún momento del recorrido, pero de regreso a casa, a José Manuel se le iba el cuello, los ojos y el deseo —sin que sus amigos heterosexuales se enteraran— tratando de ver a ese grupo de hombres que entraban a una casa de dos pisos con antejardín amplio, ubicada a pocos pasos del Driving de la Sexta. En aquel lugar estaba el bar Pine Manor.

Había escuchado sobre Pine Manor en el Colegio Hispanoamericano, cuando sus amigos conversaban sobre gente rara en lugares raros. En el colegio nadie sospechaba de su orientación, pues José como muchos hombres homosexuales de su generación, aprendió a pasar desapercibido y a nunca hablar de sus sentimientos, de esas dudas y de la angustia que representaba la atracción por otro varón, en una

sociedad que aprobaba sin pudor el machismo, la homofobia y atacaba esas otras masculinidades de voces agudas y movimientos corporales delicados.

En su casa no tuvo mayores problemas. Su núcleo familiar se componía de mamá, papá y una hermana. A sus padres no fue difícil ocultarles su homosexualidad porque no es afeminado, pero sí tuvo que capotear las preguntas sobre las amigas, sobre las novias que nunca llevaba. Su hermana era harina de otro costal: siempre fue sarcástica y mordaz con sus comentarios, a pesar de ser una artista y tener amigos gais durante su adolescencia. La relación entre los dos estuvo permeada por la tensión y la incompreensión. Aún hoy en día, que ya son adultos, José Manuel no comprende la causa de su tirria hacia él.

Sincerarse con su familia nunca estuvo dentro de la baraja de opciones durante su juventud. Y es comprensible. Para la época ser homosexual no constituía un delito en el país, pero a nivel mundial se consideraba como una enfermedad mental que debía ser tratada, a pesar de que la Asociación Americana de Psiquiatría la excluyó de su *Manual Diagnóstico y Estadístico de los Trastornos Mentales* en 1973. Pasarían 17 años para que la Organización Mundial de la Salud, en el marco de su asamblea mundial número 43 en Ginebra, eliminara la homosexualidad de la *Clasificación Internacional de Enfermedades*.

+++

José Manuel ya sabía dónde quedaba Pine Manor, los horarios y los días de atención. Pero temía ir solo. Los sitios gay estaban permeados por un aura de misterio y, a veces, de perversidad, producto de la satanización de la ciudadanía y de las historias horripilantes que se escribían en periódicos sensacionalistas. No había líderes, ni activistas (o por lo menos él no los conoció). La única representación visible eran los peluqueros y las trans en la calle. Ni siquiera sabía que existían mujeres lesbianas. Pine Manor —como el resto de bares y discotecas para homosexuales— no tenía aviso, funcionaba en la clandestinidad para evitar el estigma social y la represión policial.

Él no sabía que existían comunidades organizadas e incluso marchas del orgullo gay en otros países. Pensaba que ser homosexual era pertenecer a un círculo cerrado, a una pequeña comunidad de hombres que se reunía sólo para rumbear. Su existencia se fue materializando en una doble vida: la casa, el colegio, el comportamiento estricto de un niño bien, y la certeza de su orientación, los amores platónicos con compañeros del colegio, la angustia de sentirse raro. Luego empezaron las preguntas: por qué

no llevaba nunca una novia, por qué andaba solo con hombres. Las conversaciones familiares donde él era el protagonista, las sospechas del padre, las preguntas de la madre, el rechazo de su hermana. Y después la mutación de esa doble vida a un “todo se sabe, nada se sabe”, como define José Manuel la posición que asumieron sus padres cuando la verdad se percibía en el ambiente, pero ninguno la quería afrontar.

Fue hasta 2012 cuando él y su padre hablaron del tema, pero, como siempre, a medias. Su padre lo llamó para preguntarle sobre la naturaleza de su trabajo. Para la época, José era propietario de un restaurante bar gay llamado La Casa del Arte, y se olió hacia dónde iba la conversación. “Ya era algo inocultable” —dice sonriente— “yo siendo gay y teniendo un sitio gay, ¡por dios! Era como tapar el sol con un dedo, ¿no?”.

—Mijo —le dijo su padre— es que he escuchado muchos comentarios que va mucha gente rara al sitio suyo.

—¿Cómo así, papi, qué gente rara? —José Manuel por fin decidió enfrentarlo, pero de manera amable.

—Pues así, como gente rara... como gente... gay o algo por el estilo.

—Sí, papi. Ésa es mi mayor clientela.

Cuando él le explicó a su padre las condiciones económicas de La Casa del Arte, el tipo de clientela al que apuntaba y que eso era lo que producía plata, el viejo cambió de opinión:

—Ah, bueno. Pero mijo trate de no ser muy evidente. No saque, de pronto, esa bandera que vi la otra vez por allá, así de colores.

—Tranquilo. No se preocupe —le dijo José y cerraron la conversación.

Nunca han pasado del diálogo superficial, de las conversaciones a medias. Tal vez para su padre aún sea doloroso aceptar la orientación de su hijo. Nunca le ha preguntado por su vida afectiva, si ha tenido pareja, si ha pensado en casarse. A lo sumo su padre, su hermana y su madre han preguntado por Dieguito, el primer novio de José Manuel, al que todos aprecian, claro está, como amigo de José.

+++

La Casa del Arte nació hace 27 años como un taller de formación no formal en artes. Se mantuvo así hasta 1998, pero la crisis económica que arrastraba en ese entonces el gobierno de Ernesto Samper —heredada del mandato de César Gaviria—, sumada a la caída del narcotráfico, obligó a José Manuel a buscar alternativas para

mantener el lugar abierto. Fue entonces cuando se transformó en un café taller inspirado en una idea que vio en un programa de People & Arts, sobre un lugar en Canadá donde servían cappuccinos y sánduches, mientras los clientes le daban los toques finales a una pintura o escultura.

El lugar estuvo ubicado la mayor parte del tiempo sobre la Calle 44 Norte en el barrio La Flora, muy cerca de la carrilera del tren y fue tal la acogida, que migró del taller de arte a convertirse en un restaurante bar. Ahora existe en San Vicente, sobre la Avenida 5B Norte, ya no conserva su nombre pero sí la decoración inicial que se enmarca en lo que se conoce como arte kitsch: una colección con más de 500 piezas — entre las que se destaca la figura de Jovita Feijóo— de objetos cotidianos, recuerdos de la infancia de José, piezas del taller de arte, regalos de amigos y clientes, que se exhiben en las paredes, las mesas, las esquinas, el suelo y hasta en el techo. Sin duda, la esencia del lugar es su diseño.

El Parche de Jovita, como decidió llamar al sitio en honor a la reina infinita de los caleños, es el lugar donde me recibe con un café caliente que bebemos sentados en una mesa pintada con cuadros de ajedrez, al pie de una fuente que en lugar de emanar agua está cubierta por cera de velas.

+++

Antes de conocer a Diego, aún con 17 o 18 años, seguía recorriendo la Sexta junto a sus amigos de siempre. Ya tenía activado el sexto sentido, el olfato o el *maricómetro* para rastrear a otros gais. Sabía reconocerlos por las caras lindas, por la forma de vestir, por las miradas. Los lugares también aprendió a identificarlos cuando veía a parejas de varones entrar juntos a tal o cual sitio.

Ese *maricómetro* o *radar gay* que viene inserto en el ADN de los hombres homosexuales y que les ayuda a afinar el ojo para detectar a otros con los mismos intereses, era la herramienta que tenían a mano en la década de los 80. Aún faltaban varios años para que llegara el Internet comercial al país y ni hablar de los teléfonos celulares. En bares y discotecas acudían al voz a voz para dar a conocer los eventos y los nuevos sitios que abrían sus puertas. José Manuel también recuerda una famosa revista —que nunca tuvo en sus manos— llamada el “Sobre de manila”: allí se publicaba información sobre los lugares de encuentro, además de clasificados con fecha, lugar y hora donde personas anónimas se daban cita. La revista venía dentro de un discreto sobre de manila y la vendían en algunos de los quioscos que, aún hoy,

siguen funcionando sobre la Avenida Sexta.

+++

El Pine Manor seguía rondando en su mente. Un viernes a las 10:30 p.m. no aguantó más y aprovechó que él y tres amigos de la cuadra o del colegio, ya no recuerda, bajaban por toda la Sexta, camino a sus casas. Cuando pasaron cerca de la panadería Las Palmas, sobre la calle 17 Norte, José Manuel les dijo:

—Allí se ve un sitiecito muy bacano, como un barcito, no sé. ¿Por qué no entramos a mirar?

Era una casa de dos pisos en medio de una calle arbolada. “Entremos”, dijo Jorge, uno de los muchachos.

—Dimos la vuelta y entramos al sitio —recuerda José Manuel— entonces ¡claro!, a mí se me alumbró todo, parece que hubiera entrado al paraíso y yo mirando para todo lado. Todo lleno de hombres por aquí, por allá. Y mirando el ambiente, ¡muy agradable! Parecido en ese entonces a La Casa del Arte: muy calmado, musiquita pop de aquella época.

Desde la entrada lo recibió un salón con un bosque de mesas en madera en las que charlaban chicos como él. En las paredes había imágenes de artistas representativos del pop y de la música disco como George Michael y el grupo Village People, muchas plantas y una luz tenue que dibujaba sombras cálidas y agradables.

—Y tenía unos bizcochotes de meseros —recuerda con gusto— que eran la envidia de esa época.

Iba por la mitad del bar hacia el interior donde estaba la barra principal, caminando paralelo a una pared con arcos de estilo colonial que dividía el espacio entre las mesas y la barra. Parecía como si estuviera presenciando un milagro, cuando sintió un agarrón por la espalda. Una mano lo aferró del brazo y le dio un jalón. Era Jorge.

—¿Qué pasó? — le preguntó confundido José Manuel.

—Camine, camine paisita —gritó Jorge— que esto está como lleno de maricas. Vámonos de aquí.

Y salieron de la taberna. “Esa fue mi primera entrada al Pine Manor”, me cuenta entre risas.

+++

El silencio y la duda continuaron hasta los 19 años cuando José Manuel se fue a estudiar Publicidad a Manizales. Se volvió hermético y retraído, no visitaba lugares de rumba y no conocía a otros hombres homosexuales. Un día decidió pedir una asesoría psicológica en la universidad. Una psicóloga lo atendió. Él le preguntó si la consulta podía ser sobre cualquier tema. Ella replicó que sí, entonces José Manuel dejó que se desbordara ese río de palabras que llevaba represado en su interior. Ella fue comprensiva, entendía por lo que él estaba pasando y lo tranquilizó:

—No se preocupe. Como usted hay mucha gente —le dijo. Al poco tiempo le presentaría a Nano, un compañero de la misma carrera y del mismo salón que también era gay.

—Nos conocimos y nos hicimos amigos. —cuenta José— Entonces empecé a descubrir muchas cosas en Manizales. Allá sí tuve la experiencia de ir a un sitio gay que se llamaba El Dollar. Eso era feo, en el centro de Manizales, nada del otro mundo. Pero para los dos fue la primera experiencia de ir y ver.

Cuando regresó de Manizales a Cali —después de culminar sus estudios universitarios— aún no conocía hombres con su misma orientación sexual en la ciudad. Tenía sospechas sobre un compañero del Hispanoamericano y aprovechó una reunión de exalumnos para averiguarlo. El chico se llamaba Jorge y José Manuel lo abordó a la salida del bar donde departían, antes que él se fuera a una fiesta de despedida.

—Jorge, venga yo hablo con usted algo —le dijo.

—Sí, Josecito, cuéntame.

—¿Usted es gay?

—¿Usted por qué me pregunta eso? —le respondió sorprendido.

—Porque yo lo soy.

—¡Ah!, qué bueno paisita —dijo Jorge— Tenemos que hablar. Ahorita no tengo tiempo porque, precisamente, voy a la despedida de un amigo gay que se va a vivir a Bogotá. Cuando quieras ven, llámame, yo te invito y te presento a otros amigos.

Después de la conversación José Manuel sintió como si se le hubiera abierto medio mundo.

—Fui a la invitación que él me hizo al apartamento de unos amigos, aquí a media cuadra —recuerda— y ahí fue en donde conocí a mi primer amor de aquella época: Dieguito, que por cierto es mi mejor amigo hace treinta años y a él le tocó mi primer noviazgo. Yo le digo “La Cukis” y él me dice a mí “La Chachis”, de ahí uno de los cócteles famosos de La Casa del Arte: “Cukis & Chachis”. Y hemos tenido muy

buena relación con él, con Jorge y con otros amigos de esa época.

Recorrer la calle, saciar el cuerpo

Mientras José Manuel gastaba los primeros abriles de su adolescencia recorriendo el norte de Cali, mirando chicos, bares, discotecas, y enamorándose platónicamente de muchachos del colegio, Ricardo¹ visitaba los teatros en decadencia y las salas de vídeo del centro o buscaba un ligue ocasional en una ruta que conocía muy bien al sur de la ciudad.

—Mi autorreconocimiento como homosexual se dio desde muy temprana edad —recuerda Ricardo—. Digamos que desde los 8 o 9 años yo sabía que me iban a gustar los hombres. Empecé a tener relaciones tempranas con personas del mismo sexo y nunca estuve interesado en mujeres. No considero que fueran violaciones, de hecho fui yo el que las incentivé siendo un niño.

Habla con desparpajo en la comodidad de la sala de su casa, un espacio arquitectónico de aspecto rústico bellísimo: puertas en hierro forjado, grandes ventanales y toques artísticos —como una pared a medio terminar— que lo convierten en un lugar tan singular como la persona que lo habita. Ricardo tiene 50 años, es activista LGBT, luce como un hombre bonachón, de barba y cabello canosos, carga algunos kilos de más y con su voz fuerte cuenta sin tapujos lo que ha sido su vida como hombre gay.

Vivía en Palmira y sus únicos referentes de homosexualidad eran un viejo amanerado al que le decían Paloma y dos mujeres lesbianas. A los doce años, en pleno inicio de década, ya tenía novio. Tres años después tuvo a su primer “marido”, suceso que lo llevó a llamarse a sí mismo María —pero no la de Jorge Isaacs sino María de los guardias— porque, igual que ella, “no ajustaba los quince años cuando me mataron al primer marido”, como reza en una estrofa de la canción nicaragüense de 1973, inmortalizada en Colombia por la voz de Helenita Vargas.

Debo aclarar que a Ricardo no le mataron a su primer marido, pero sí tuvo muchos amores como María. Junto a Enrique, su novio a los doce, se la pasaron durante toda la pubertad haciendo *cierres de oro* que consistían en acostarse con una persona por última vez. Así ajustó por su “cuenta y a cuenta —igual que la protagonista de la canción— cinco batallones”.

1 Nombre cambiado a petición del entrevistado.

+++

El descubrir sexual y las hormonas efervesciendo encontraban el baño de agua helada cuando estaba en su casa, un entorno familiar envenenado por la homofobia.

—Era increíble tener que oír en la sala de mi casa cómo mi mamá le decía a su vecina que prefería un hijo muerto a un hijo marica. Y yo decía —sentencia entre risas— “¡Ay, por dios, me voy a morir!”.

¿Y quién dijo miedo? A los quince años se paró en la raya y se enfrentó a su familia.

—Siempre supe que debía estar en una posición de superioridad en términos académicos, en términos de conocimiento. Nunca se generó en mí la culpa perversa de decir “soy el aberrado, esto es pecado”, sino que fue un tema más de autorreconocimiento, de construcción de mi identidad como adolescente y de ponerme en el lugar en que yo quería estar. O sea, yo iba a ser lo que quería ser y si quería ser homosexual, pues iba a ser homosexual.

Decir la verdad le dio más libertad para empezar a construir su historia que, hasta el momento, se escribía entre Cali y Palmira. En 1983 la intensidad de su vida caleña ganó el pulso y relegó a la Villas de las Palmas a ser su ciudad dormitorio. Muy asustado, el hermano de Ricardo fue enfático en advertirle que ni se arrimara al teatro María Luisa porque el lugar estaba plagado de maricas. Pero más que una advertencia, se convirtió en una invitación a saciar su curiosidad.

—A los 16 o 17 —cuenta él— empecé a frecuentar los vídeos porno de la calle 15 con carrera Primera. Allí existían los *cines suizos* y eran dos espacios de encuentro, de proyección de películas. Iban hombres que tenían sexo con hombres, es decir, no se identificaban como homosexuales, pero también iban hombres homosexuales.

En el centro de Cali Ricardo recorrió el teatro Ayacucho (en el barrio El Calvario), el Mariscal Sucre (en el barrio Obrero) y el Jorge Isaacs cuando era un cine porno. En esos lugares tuvo sexo con extraños a los que nunca volvió a ver, pero con algunos hombres creó lazos de amistad. A ellos los vio madurar y envejecer en esos mismos espacios de encuentro.

—Con el tiempo esos espacios se me convertían en red de apoyo. Normalmente iba, tenía amigos con los que hablaba, con los que me reía. De hecho, esa dinámica aún funciona mucho en los vídeos del centro, del edificio Zaccour, donde uno encuentra el grupo de cofrades ahí hablando de amigos. Entonces hacen el inventario de los penes: “éste lo tiene así, ése lo tiene así. Y ése hace así y ése asá. Y éste cobra esto”.

Hablan y cotillean todo el día allí y eso sigue existiendo. Son personas que frecuentan esos espacios desde los años ochenta.

+++

A los teatros y salas de vídeo se iba a follar y en muy contadas excepciones sólo a ver. Las reglas de convivencia eran sencillas y estaban concertadas sin necesidad de decirlas. “A nadie le incomodaba que alguien estuviera haciendo sexo oral tres bancas en seguida”, dice Ricardo. Y si a alguien le molestaba la cercanía simplemente marcaba territorio usando las sillas para evitar el contacto cercano y establecer distancia. Ricardo no recuerda ni el lugar ni la fecha de su primera vez en un sitio así, pero lo que no olvida es que en esa oportunidad entró a una habitación, alguien lo jaló, hubo un cruce de palabras, penetró al susodicho, se vino y se fue.

Las salas de vídeo no tenían estratificaciones sociales —podía ir cualquiera— en gran medida porque eran lugares de fácil acceso en términos de costo, pues comparados con los grandes teatros, resultaban más económicas. Entrar al María Luisa o al Oro, costaba alrededor de 1500 pesos de la época. Pronto estos lugares se configuraron en el punto de encuentro de hombres mayores, de esos que no se sienten a gusto en las discotecas, que desconocen las herramientas tecnológicas que ofrece Internet para contactar personas o que simplemente se quedaron anclados en el pasado y se descubren cómodos en los zaguanes del Zaccour, entre la penumbra, iluminados por la luz de una pantalla que repite las mismas escenas de cuerpos desnudos dando y recibiendo placer. Hasta el día de hoy, las salas de vídeo los esperan sin falta, cada día, todos los días del año.

+++

El centro de la ciudad pronto le quedaría pequeño a ese joven explorador, quien encontró en el sur de Cali la ruta más divertida para llegar hasta la casa de su hermana en Ciudad Córdoba.

La autopista Simón Bolívar era casi un camino de herradura y, según Ricardo, allí se daban encuentros sexuales entre adolescentes jóvenes. Muchos consumían drogas psicoactivas. También había un corredor entre Ciudad Córdoba y el barrio El Ingenio. Aún no existían construcciones por el área de La Guadalupe (carrera 56). Ricardo caminaba por la carrilera del tren hasta llegar a un charco donde confluían

adolescentes, adultos jóvenes y gente mayor, todos hombres, todos para tener sexo. Si volteaba hacia la carrera 80, entre las calles 14 y 26, encontraba una zona boscosa que facilitaba ese tipo de contactos. También entre la Avenida Pasoancho y la calle Quinta, por la ribera del río Meléndez, desde donde bajaban muchachos de las zonas de ladera —consumidores de droga en su mayoría— en busca de lo mismo: sexo.

Por tales corredores la oferta sexual era amplia y Ricardo aprovechaba “lo que saliera” en sus recorridos. Si encontraba a un chico que le llamara la atención, acudía a las tácticas de siempre: mirarlo fijamente, tocar sus genitales y cruzar si mucho tres palabras, antes de entrar en acción.

Han pasado más de 30 años. Hoy, desde su mirada como activista LGBT, reflexiona sobre las zonas de riesgo donde tenían lugar esos encuentros secretos que en la década de los ochenta, según él, ayudaron a esparcir el VIH en Cali. La práctica se conoce como *cruising*, término inglés para referirse a la acción de sostener encuentros sexuales anónimos entre hombres, ya sea en espacios públicos abiertos o cerrados. Su equivalente en español es *cancaneo*.

La práctica del *cruising* se remonta a la Antigua Roma. En su *Sátira IX* el poeta Juvenal le escribe a un joven que por su mal comportamiento está en manos de sus esclavos:

*No tiembles, nunca te faltará un gran amigo
estando en pie y a salvo estas colinas. De todas partes
vendrán a ellas en carrozas y en barcos cuantos
se rascan la cabeza con un solo dedo.*

Rascarse la cabeza con un sólo dedo fue el lenguaje codificado que usaron los romanos en los baños públicos —conocidos como termas— para expresar sus deseos de intimar con otros hombres. En la historia reciente se tienen registros de esta práctica en algunos parques de New York durante la década de 1920. Por su parte, el uso del término *cruising* como un código dentro del argot gay —al menos en Estados Unidos— para identificar a otros hombres interesados en un encuentro sexual sin exponerse demasiado, data de 1970 y se relaciona con un bar en Albuquerque, llamado *Booze’n’Cruise*.

En Colombia existe registro del *cancaneo* capitalino desde 1973, específicamente en el Teatro Faenza del centro de Bogotá, gracias a la arriesgada labor del artista Miguel Ángel Rojas. Su obra titulada *La Esquina Rosada*, ha sido exhibida en escenarios tan

importantes como ARTBO y la Bienal de Arte de Sao Paulo.

+++

Ricardo nunca fue un rumbero empedernido durante su juventud. Tampoco creo que lo sea ahora que vive en una vereda del municipio de Jamundí. Le tomaría más de una hora salir de su casa finca, esperar un bus que en unos diez minutos lo lleve al centro del municipio y de allí abordar otro transporte que lo deje en el sur de Cali (eso sin contar que todos los bares y discotecas están en el norte de la ciudad y en la antigua vía a Yumbo).

Pero bueno, tampoco estoy diciendo que nunca ha visitado un bar. De hecho conoció Pine Manor y la discoteca Centro 14-65. Ésta última le causaba especial curiosidad porque tenía remoquetes que, según él, eran cuestión de estrato: quienes venían de barrios populares le decían La 14, quienes venían de estratos altos —o los que querían aparentar— le decían Studio.

Ni la música, ni el licor, ni las luces, ni siquiera los hombres llamaron tanto la atención de Ricardo en este lugar. Recuerda que existían grupos de hombres homosexuales con poder económico a los que él bautizó como ALAC (Asociación de Locas Arribistas de Cali).

—Había unas dinámicas grupales todas extrañas —cuenta— y era que llegaba un joven adolescente de cualquier clase económica pero, generalmente, era un muchachito emergente de barrio popular. Entonces lo adoptaba uno de los integrantes de la ALAC, lo disfrutaba unos meses, unas semanas y entonces había el proceso de “te lo cedo”. Esta práctica puede ser una de las teorías de cómo llegó el sida a Cali: estas personas, dada su situación socioeconómica, iban, rumbeaban a New York, a Miami, y como compartían este muchachito de bajos recursos al que explotaban sexualmente, terminó siendo el vector que llevó la infección dentro de todo el grupo.

La llegada del sida supuso para Ricardo cuestionar su sexualidad, le hizo llenarse de culpa y de un sentimiento de delito. Eran sensaciones compartidas con el resto de la comunidad gay. Pero también el sida sirvió para unirlos y crear lazos fuertes de solidaridad entre ellos. Hace cuentas y afirma que el 50% de los gais en Cali murieron. Que puede hacer esas cuentas porque era un grupo pequeño, cerrado y casi secreto. Sólo quienes estuvieron inmersos en esa década son capaces de dimensionar el tamaño de la tragedia que los azotó.

Fue con la llegada de los años noventa donde la solidaridad y la unión de la

comunidad para protegerse de la desgracia, impulsó el avance por el reconocimiento de sus derechos. Cali y el Valle del Cauca fueron regiones que se organizaron para batallar contra la epidemia y se abrieron espacios como Proyecto Vihda, DASFE, CORPOSIDA, entre otras, donde se crearon grupos de apoyo para articularse con la sociedad civil.

—En los noventa uno tenía una dinámica muy buena —dice Ricardo, con un humor sórdido— porque los lunes te ibas para Proyecto Vihda, que lo manejaba Luis Hernán Domínguez y Diego Correa. El martes, te ibas para DASFE: Derecho A Ser Felices, pero era derecho a ser feas, que lo manejaba Héctor Fabio. Los miércoles te ibas para Vivir Mejor, donde estaba Denisse Silva y Oswaldo Rada. Los jueves, te ibas para FUNDESALUD. Los viernes, ibas, creo, que a GAMI. Y el sábado, impajaritadamente, o había chocolatada o había velorio.

De borondo por la Cali gay

Contrario a lo que se pudiera pensar —que la represión, que el estigma, que la religión, que la cultura machista, que la violencia—, Cali se convirtió en un paraíso para la rumba y el sexo entre hombres homosexuales. Una larga lista de bares, discotecas, salas de vídeo porno y lugares públicos, les permitió a esas personas conocer a otros con sus mismos gustos e inquietudes, establecer contactos, darle rienda suelta al goce sexual y crear lazos de amistad que, treinta años después, se conservan y se cuidan como verdaderos tesoros.

Peligro y sexo, la ciudad de la adrenalina

Es un viernes de 1985 y el reloj hace algunos minutos pasó de la media noche. Un grupo de hombres escucha música bohemia -digamos un bolero antillano de Leo Marini- bajo las luces tenues del Manhattan (uno de los bares más antiguos que existió sobre la calle 16 con carrera 4 en el barrio San Nicolás). Toman cerveza, aguardiente, ron. Conversan, ríen, coquetean y la noche calurosa avanza. En este lugar sólo entran hombres a excepción de Stella, la mesera y amiga que con su sexto sentido se ha ganado la confianza entre los clientes; ella los cuida y les advierte sobre los individuos peligrosos.

Afuera un camión de la Policía Nacional de Colombia espera, con la experiencia y la tranquilidad de un animal pesado y paciente, el momento para intervenir. Cinco o seis policías se bajan del vehículo e irrumpen en el bar. Sordos ante cualquier réplica o explicación, amedrentan, insultan y gritan: “Súbanse, súbanse, súbanse”. Uno de los muchachos no se quiere montar y, aunque la homosexualidad fue despenalizada hace cinco años, un policía le responde a garrotazos, con un bolillo transformado en odio. La música se corta y todos entran en manada al camión, como cerdos, como vacas, como animales de ofrenda. Se miran las caras en silencio, llenas de rabia, mientras los verdugos de uniforme verde oliva los acechan. El camión llega a la estación de policía más cercana. Los arruman a todos como sardinas, en unas celdas sucias y frías hasta que la libertad llega con las primeras luces de la mañana.

No hay delito, solo odio e incompreensión hacia los hombres que pertenecen a esa patria secreta que es la rumba gay en Cali. Ellos seguirán sufriendo la represión hasta muy entrados los noventa... y los dos mil. Incluso hoy, terminando la segunda década del siglo XXI, la policía discrimina y reprime a homosexuales, lesbianas,

bisexuales y trans que se atreven a ser diferentes en el espacio público. La aceptación se condiciona a la capacidad de mimetizarse, de pasar desapercibido, de no generar ruido.

Han pasado 32 años desde aquel incidente que se repetía con frecuencia en bares y discotecas. Fabio Murillo es dueño de Charles Discoteca, mide un metro sesenta de estatura, es de contextura gruesa, cabello negro y bigote estilo Chaplin. Me cuenta con algo de afán y en un inconfundible acento paisa, su mirada sobre el acoso policial:

—Era una manera de represión que existía en la época, que gracias a Dios hoy en día no se da. Al menos en mi establecimiento no se ha dado. Eso desapareció hace muchos años, porque la lucha de la comunidad LGBTI ha sido fuerte y ha habido muchos logros que nos han permitido un poquito más de libertad y de convivencia. Por lo menos la policía respeta bastante los sitios de *homosocialización* que existen en todo el país.

Fabio llegó proveniente de Medellín en 1983, como parte de una gira teatral. El plan era continuar hasta Ecuador, pero el terremoto de ese año en Popayán impidió que el viaje continuara, la compañía se disolvió y él se quedó viviendo en Cali. Uno de sus primeros trabajos fue presentando la misma obra de la gira, “Modisto de señoras”, pero con dos variaciones: el papel de las chicas lo interpretaron travestis y el escenario fue la discoteca Centro 14-65.

Centro 14-65 o Studio 54 -como la empezaron a llamar coloquialmente sus clientes haciendo un guiño a la icónica discoteca neoyorquina- estaba en la Avenida 3N con Calle 14, cerca del Club Colombia. Contaba con una recepción discreta, una especie de pasarela que conducía a la barra principal con asientos alrededor. Frente a ella una barra más pequeña donde también estaba el lugar del DJ. En el centro del espacio estaba el escenario: un montículo en concreto de 50 centímetros de altura, que en uno de sus extremos contaba con escaleras por donde hacían su aparición las divas travestis o los invitados musicales. Al otro lado estaba el acceso a la segunda barra llamada “la barra de Aguablanca”, bautizada así por ser el lugar más oscuro de la disco.

Hernán Ceballos trabajó como mesero en Centro 14-65 y en los bares Gentry y Pine Manor. Es alto, delgado, de piel morena y pelo liso canoso. Me recibe en su casa, en lo alto de Terrón Colorado, vestido con camisilla blanca, pantaloneta deportiva y chanclas. Habla con desparpajo, con un tono de voz que me recuerda a Helenita Vargas, esa cantante que fue la diva de muchos gais en los ochenta. Hernán no conoció

a Fabio cuando presentó su obra en la discoteca, pero comparte con él recuerdos de experiencias amargas con las *cajas de chicles* (como llamaban a las radiopatrullas amarillas que usaba la Policía en aquella época) y con las volquetas del municipio en las que tiraban a gais, travestis y transexuales como si fueran bultos de papa.

—A mí me tocó una vez —cuenta Hernán— que estaba un domingo en el puente de la 15N con Avenida 3N. Había salido de trabajar y esperaba mi taxi cuando vino la Policía a pedirme libreta militar. Yo no tenía. Entonces les dije: “es que la Policía no tiene por qué pedir libreta militar, los que piden son el Ejército. Ustedes no”. Yo tenía mi cédula. “¡Ah, es que está muy alborotado marica!” —le dijo un policía— Me tiraron a esa jaula y comenzaron a hacer batidas en todos los *mariqueaderos*. Nos llevaron a la Permanente Central, ahí en la 14 con 10 y nos montaron en un bus de la Policía. Iban putas, ladrones, viciosos, maricas, travestis, de todo. Y nos llevaron pa’ Siloé, pa’ la Quinta Estación.

Hernán hace una pausa para recobrar el aliento, como si los recuerdos lo hubieran cansado:

—En un semáforo el bus paró y unos quebraron el vidrio de atrás y se volaron. Nos llevaron como a las dos de la mañana. “Usted acá, usted acá, usted acá, usted acá...”, o sea, seleccionaron a la gente: a las travestis las mandaron a lavar el bus y a mí me tocó con otros ir a lavar los baños que estaban de mierda hasta el tope. A las otras las mandaron a deshierbar una manga. Nosotros ya habíamos lavado el baño, lo habíamos dejado impecable y a las cuatro de la mañana sonó una corneta y se levantaron todos los policías veringos a bañarse, a cagar y volvieron a dejar los baños asquerosos. ¡Y vuelva otra vez! Desde esa hora sin desayunar, sin almorzar. Como a las tres de la tarde dijeron que el que tuviera 200 pesos para comprar los vidrios dañados del bus se podía ir. 200 pesos en esa época era plata, yo los di y me soltaron. Llegué a la casa como a las cuatro de la tarde.

El abuso, el odio, el conservadurismo, la homofobia y el miedo hacia los hombres homosexuales los obligó a inventar y a refugiarse en lugares secretos de encuentro. Discotecas, bares, baños, saunas, residencias, teatros, zaguanes oscuros, callejones de mala muerte y moteles tres niveles por debajo de lo que popularmente se conoce como un *chochal*.

Primitivo Millán recorrió tal geografía con sus ojos —cuando aún veían—, atraído por los olores, envuelto en los sonidos de la música, rozado por cuerpos tan atractivos y tan arrechos como el que tuvo en su desaforada juventud. “En esa época era más confiable irse a *gallinacear*”, dice él. Sentados con un par de amigos y

acompañados de un chocolate caliente, me cuenta de sus aventuras.

Arlequín era uno de esos lugares de encuentro, del coqueteo nocturno y del baile que terminaba en sexo. En la calle 16 con carrera 2, cerca a lo que hoy es la estación Torre de Cali del MIO, quedaban Arlequín, las residencias Manhattan, Pintulocas (llamado así, porque encima había un tarro de Pintuco que giraba) y las famosas *Residencias Vaselina*.

—Las de la casa amarilla —recuerda Primitivo— eran como unos diez cuartos nada más. Atendía una señora que ya lo conocía a uno. Y se llamaban así porque uno abría... ¿¡no le han contado eso!? —exclama sorprendido— No me vaya a decir que no le han contado, ¿no?

Le digo que no.

—Eran famosas porque uno abría el noyero y ahí estaba el tarro de vaselina —continúa— el lubricante de esa época.

En la calle se fueron configurando espacios para el encuentro. El principal era La Ermita, muy cerca del Arlequín y de las dichas residencias. Allí se daban cita, coincidían o recurrían a las cabinas de teléfonos públicos para usar una táctica vieja pero certera: la excusa de ir a hacer una llamada, esperar un cruce de miradas, pronunciar unas cuantas palabras y ya estaba firmado el pacto.

El Paseo Bolívar y la Avenida Sexta hasta el Oasis, se transformaban en la pasarela de los que buscaban compañía y de los que necesitaban dinero. Era común ver a parejas de hombres conversando o al trabajador sexual subiendo al carro luego de acordar el costo de su servicio. Los sitios de rumba y las prácticas que se desarrollaban en esos espacios públicos pasaban inadvertidos ante la mirada de los heterosexuales, siempre bajo la más absoluta reserva.

Los grandes teatros también se transformaron en espacios para el sexo. En el Jorge Isaacs, los pisos superiores eran testigo de los encuentros que tenían lugar entre varones homosexuales y otros hombres conocidos como HSH (hombres que tienen sexo con hombres, pero que se reconocen como heterosexuales). A su alrededor, teatros como el Oro, Calima, María Luisa, Mariscal Sucre y Ayacucho, presenciaron esos encuentros furtivos para el goce del sexo entre hombres. La clandestinidad y la oscuridad siempre fueron las aliadas.

El sexo ha acaparado desde siempre los deseos de los hombres homosexuales. Entre nosotros no existe ese juego previo donde el hombre propone y la mujer —en ocasiones atada a las normas sociales que le impiden expresar abiertamente su deseo— dispone. No. Aquí todos quieren, pueden y lo hacen. A la par de los sitios

para la rumba estaban los recovecos para el sexo. Por eso no resulta extraño que los gais más pobres, o los más locos, o los más necesitados de adrenalina, añoraran la llegada de la *caja de chicles*.

Gerardo deja su taza de chocolate de lado para sumarse a nuestra conversación. Es amigo de Primitivo y luce un poco mayor que él: es bajito, de pelo cano y con una fascinante capacidad histriónica para describir sus recuerdos, que termina transformándolo en el jovencito que fue en esos años:

—Por eso había locas que decían: “ay, jueputa, que viniera la *chicle* pa’ que nos lleve porque estamos todas blanqueadas. A ver qué nos hacen allá”. Si las cogían, las ponían a chupar, les daban por todo lado. Había tombos que les gustaba que les dieran también. Eso era igual, igual. Eran policías de respeto y resultaban más maricas que uno.

Todos soltamos a reír. Pero luego se pone serio, cambia el tono jocoso de su relato y se desahoga, como si todavía su memoria fuera una herida abierta:

—Usted puede ser dentro y fuera lo que es —hace referencia a la época en la que vivo y los derechos que hoy goza mi generación— y no tiene nada que esconder. A nosotros nos tocó frentear, no dejarnos y sobrellevar lo que éramos por encima de que se nos viniera el mundo. Fue una tiranía horrible la que cometieron con nosotros.

Gerardo nos saca a todos del fervor que traíamos hablando sobre el cruce de miradas, el ligue y el sexo, para recordarnos que Cali en esa época vivía entre el calor de la rumba y el sonido de las balas. Una ciudad convulsionada por el narcotráfico y la guerra entre carteles vio el actuar delictivo de personas que sin dios ni ley empezaron a hacer la mal llamada “limpieza social”, es decir, el exterminio de personas que resultaban indeseables: ladrones, habitantes de calle, prostitutas, drogadictos, homosexuales, travestis.

Historias del periódico sensacionalista *El Caleño*, reseñadas en la tesis del historiador David Orozco Díaz, evidencian esa persecución. Titulares como *De una sola: asesinados 5 N.N y un homosexual* y *Acribillan a otro homosexual*, ambos del 25 de noviembre de 1985, dan cuenta del accionar de esos delincuentes: llegaban en carros o en motos, cruzaban un par de palabras y disparaban a quemarropa. Incluso, el mismo periódico le sigue la pista a personajes que toman nombre pero no rostro, uno de ellos se autodenominó como el *justiciero implacable*, una suerte de vigilante que se encargaba de cegar la vida de ladrones y delincuentes pero que, según Orozco Díaz, también estuvo involucrado en la muerte de personas homosexuales y travestis. *El Caleño*, en su edición del 7 de junio de 1985, hace una reseña de aquel sujeto.

El peligro los seguía de cerca. Estaba representado en la delincuencia, pero también hacía parte de la institucionalidad. Se travestía: podía ser un desconocido del bar o aquel sujeto misterioso en el rincón más oscuro del teatro, a veces usaba ropas de vigilante y se hacía llamar justiciero, y otras tantas se bajaba de la *caja de chicles*, bolillo en mano, a ostentar la autoridad de su uniforme. Sin embargo, el miedo hace rato dejó de ser la primera opción, la noche es joven y la ciudad espera ansiosa a esos hombres que la llenan de alegría.

De rumba

La rumba gay tenía dos puntos cardinales: el centro y el norte. Lo tropical y la música anglo. El barrio y los niños bien, respectivamente. Esa división territorial influía en el tipo de público que visitaba determinado bar o discoteca.

Gentry, Studio 54 y el Pine Manor fueron esa triada de rumbeaderos del norte, exclusivos y excluyentes. Cualquiera no podía entrar. Eran frecuentados por homosexuales de buena posición económica. Los que iban a los sitios del centro (como Manhattan, Golden Bar, El Arlequín, Los Dos, El Gato con Botas) eran gays y lesbianas —incluso trans— de barrios populares. Esa diferencia también se reflejaba en el tipo de música. Por eso los sitios del norte se caracterizaban por las baladas, el disco y el rock en inglés, mientras que en San Nicolás sonaban cumbias, salsa, pachanga y charanga.

A pesar de la división, existía una dinámica que denominaban *ir de cacería* o *ir de safari*. Consistía en que los hombres de mejor posición económica visitaban distintos bares del centro en busca de *pollos* (homosexuales jóvenes y atractivos) para invitarlos a rumbeo al norte.

Primitivo Millán recuerda sus primeros pasos por esas calles y locales.

—Conocí Rapsodia —cuenta— quedaba diagonal a la Torre de Cali. Era un local muy famoso al que le decían: “Rapsodia, el de las areperas”. Yo iba sólo los domingos de dos de la tarde a siete de la noche. Obviamente era menor de edad.

Rapsodia era para lesbianas pero dejaban entrar gais. No era grande ni lujoso y tampoco hacían shows. Era un lugar para ir a tomar cerveza y bailar. Primitivo, Gerardo, Hernán y todos lo que aquí han hablado coinciden en la tensión que reinaba entre lesbianas y gays: las peleas, los conflictos, los agarrones. —Un domingo a las dos de la tarde eso ya estaba taquiado de gente joven —concluye—.

De lugares nocturnos, el primero que conoció fue El Castillo en 1980. Una

discoteca campestre ubicada en el barrio El Aguacatal que funcionaba como amaneceder, contaba con pista de baile, piscina, habitaciones y restaurante. “No tenía competencia en la ciudad”, afirma. También anduvo por otros establecimientos como El Gato con Botas, El Dollar y Manhattan —según él, el bar gay más antiguo que tuvo Cali y que duró hasta 2010—, todos en el centro de la ciudad.

—Arlequín era otro rumbeadero —recuerda Primitivo— y allá iban todas: las ricas, las pobres, las cachezudas, las estudiadas, las vendedoras, de todo iba allá. Las trans. Era muy sórdido, pero era un sitio bacanísimo. En cambio el Pine Manor era exclusivo, sólo iban hombres y el espacio tenía un concepto muy de conversar, música solamente en inglés, era casi todo de madera, tenía jardín. Muy bonito. Uno entraba a través de dos antejardines y era una casa con una escalera y pasamanos de madera.

Anduvo por tantos bares y rumbeaderos que ya no confía en su memoria para hablar de todos. Gerardo le ayuda a recordar algunos:

—¿Vos has escuchado de Chatarra? —le pregunta a Primitivo.

—¿Qué es eso?

—Chatarra fue uno de los sitios más.. —Gerardo hace una pausa y no puede encontrar el adjetivo que busca— un burdel, pero donde había marihuana, donde llegaban esos malandros.

Otros sitios sórdidos y de mala muerte quedaban en el barrio Sucre, en plena zona roja de Cali, en la carrera Octava con calle 17. Eran los bares Costa Azul y Rigoletto. —En la Primera con 24 —recuerda Gerardo— al frente de la Registraduría, estaba algo espectacular: El Dino Rojo. Ve, ¡unas pistas de baile inmensas!

—¿Dónde era que quedaba —dice Primitivo— el bar de las travestis que todo el mundo le tenía terror, marica?

—Donde Mario, en el hueco de las trans.

—Ellas tenían su propio sitio porque no las dejaban entrar en los bares gay.

Donde Mario era un bar ubicado en la carrera 15 con calle 21 o 22. Quedaba debajo de otro sitio de ambiente: Los Dos Latino. “Yo estuve allá”, cuenta Primitivo, “entré con un pánico, eso era feo”. Muy cerca, pero al otro lado del río, funcionaba el lugar que años más tarde sería protagonista de las noches de ambiente en Cali. Hernán Ceballos trabajó allí:

—Arribita del Club Colombia —recuerda— ahí debajo del puente de la 15 Norte con Avenida 3N, quedaba El Prado, quedaba Lllamarada y, ¡ay, cómo era que se llamaba ese hueco!... el Paladium. El Prado era el más grande y allí entraban travestis, entraba cuanta puta loca quería ir. Y era muy peligrosong. El primer bar de ambiente

en el que trabajé quedaba en la carrera 2 con calle 14, se llamaba El Dos Mil. Era un huequito de mala muerte porque iban puras locas baratas, locas arrabaleras. Yo era un pelado en esa época.

Recuerda que de ese pequeño hueco pasó a trabajar en El Prado y luego entró a Lllamarada, gracias a su amigo “La Puloy”. Lllamarada, propiedad de Arnolldo Parra conocido como “Perico”, se convertiría en Centro 14-65, la icónica discoteca de los ochenta que hoy recuerdan como Studio 54 o La 14. Sin embargo, Studio se inspiró —o más bien se copió— de un bar que llevaba varios años de trayectoria, un sitio exclusivo al que, en palabras de Hernán, “entraba la que podía, no la que quería”: Gentry.

Gentry

Antes de empezar la década de los ochenta, Gentry ya se perfilaba como el lugar que definiría la rumba gay en Cali. Hernán conoció a los dueños del bar, Carlos Urdinola y Fernando Castro, los martes, el día en que los clientes y propietarios de Gentry solían visitar Lllamarada. Varias veces los atendió hasta que se hizo amigo de ellos.

Fernando es un hombre de voz y mirada fuertes, acentuadas por un imponente bigote que termina de darle ese aire de señor. Mientras caminamos por el parque de La Retreta, en busca del lugar exacto en donde existió Gentry, evoca con un orgullo cargado de nostalgia, las anécdotas del lugar que con esfuerzo le ayudó a levantar a Carlos, su pareja, su gran amor.

—Gentry se fundó en el año 73 o 74, como en un mayo —recuerda—. Anteriormente estábamos funcionando en un bar que se llamaba Frontera, pero mi compañero era de familia prestante y tuvo problemas en esa época con Vicente Borrero, el alcalde de Cali. El sitio ya estaba marcado como un bar gay. Ése fue el detonante para cerrarlo y cancelarle el contrato. Después Carlos encontró un sitio en la Manzana T y ahí comenzamos poco a poco.

Para que un bar empezara a funcionar los administradores tenían que esperar cuatro o cinco meses a que alzara vuelo. La publicidad en la que confió Carlos Urdinola, asesorado por un gringo con el que se asoció, fue el voz a voz. Además tuvieron que luchar contra la persecución de la Policía y el estigma social.

La represión de la policía empezó a llegar a Gentry y Urdinola realizó gestiones en la Gobernación del Valle hasta que lo convirtió en club privado que podía funcionar

hasta las cuatro de la madrugada. Los agentes de policía llegaban arbitrariamente al local y él tenía que sacar la licencia, los estatutos e incluso los carnés de los afiliados.

—Cuando iba la Policía nosotros les ofrecíamos cosas —cuenta Fernando— cigarrillos, una gaseosa, pero cuando ya hubo una persecución muy fuerte, Carlos se hizo más amigo de los tenientes. Porque ése era el pensamiento de antes: que un bar de maricas era un bar de travestis y se hacían una cantidad de escándalos. El bar era bonito, más que todo, por su gente, por la calidad de la gente, porque se portaban bien. En esa época no había ley seca, podíamos funcionar, a veces, hasta las siete de la mañana para volver a abrir a las siete de la noche.

Como en cualquier bar, no faltaron algunos problemas entre clientes: una discusión, una pelea, una amenaza. Ninguna terminó en algún hecho grave. Carlos y Fernando sabían manejar aquellas situaciones. Ligar era fácil: si a uno le gustaba algún hombre en el bar le mandaba un trago. Si él aceptaba o decía “me cayó en gracia” podía ser el inicio de una relación.

—Teníamos un letrero a la entrada que decía: “Atención: este es un bar gay. Si usted es homofóbico, le pedimos el favor, no entre. Hágase vacunar y regrese”. —Cuenta Fernando—. También una lista de clientes que se comportaban mal, eran socios y quedaban suspendidos, o sea, no podían entrar al bar por un mes.

Algunos policías se aterraban al leer el letrero de la entrada. “Preguntaban qué era eso. Entonces nosotros les mostrábamos qué es un homofóbico”, recuerda Fernando. Poco a poco fueron educando a la clientela y a la Policía que dejó de joder tanto al conocer las características de Gentry: un bar como cualquier otro en la ciudad, pero donde había hombres de apariencia agradable, que gustaban de otros hombres.

Las normas de comportamiento para los trabajadores de Gentry eran estrictas, casi militares. La interacción con los clientes era restringida y debía primar el respeto. Hernán —con apenas 20 años, entró a trabajar como mesero del bar en 1980— recuerda que podía recibir un trago, pero nada de sentarse a hablar y menos coquetear. Cuando un mesero recibía tres llamados de atención era despedido.

—Cuando yo empecé a trabajar allá era todo muy diferente —dice Hernán sobre el trato con los clientes— Allá era todo como de clase. Me enseñaron modales, cómo hablarle a la gente, cómo recibir a la gente; en un cenicero no podía existir una colilla de cigarrillo, una servilleta mojada, nada de eso. Teníamos reunión los viernes con el administrador, una hora antes de abrir la discoteca. Gentry tenía un mezzanine y él desde allá arriba miraba el movimiento de uno porque ese sitio tenía cuatro barras.

En algunas ocasiones, Hernán también oficiaba como portero del lugar. Trabajo

difícil y mal agradecido, pues el sitio tenía fama de seleccionar muy bien a los clientes.

—Qué tal donde yo hubiera dejado entrar a una de esas locas del *Bajo París*, de allá de La Barra —recuerda él—. Lo peor de Cali es lo que va allá. Toda la vida en ese punto ha existido esa clase de clientela. Lo que era La 16, El Arlequín, El Dollar, Manhattan, El Gato con Botas, todos esos huecos nosotros le llamábamos *el Bajo París*: “Ah no. Ésas son del *Bajo París*”. Y les cerraban las puertas en la cara.

De sus jornadas de vigía en la puerta del Gentry, recuerda una mala experiencia. —A mí me tocó una vez un cacharro, porque llegaron unas loquitas, unas cinco maricas con camisas de cuello alto, con el afro que se usaba en la época, las que eran crespas se espantaban el pelo. Fueron llegando maquilladas y todo. “No, qué pena, esto es solamente para socios. O tienen que venir con alguien que tenga carné, que sea socio”—les decía Hernán— Entonces dijo otra: “lo que pasa es que esa negra hijueputa no nos quiere dejar entrar, pero dejémosla que algún día nos la encontramos”. Yo descansaba el lunes con La Puloy y nos gustaba ir a Manhattan. Y fuimos tan de malas, que llegaron esas malparidas y una dijo: “ve, ¿esa loca negra no es la portera del Gentry?, esa malparida no nos dejó entrar el sábado. Vamos a darle duro a esa hijueputa”. Y tuvimos que salir corriendo las dos de allá porque nos iban a pegar. Nunca más fui por allá.

Carlos Urdinola trajo la idea de montar un bar como Gentry de los Estados Unidos, de Chicago. Vio que en Cali faltaba un sitio lindo y exclusivo. Primero creó el bar Frontera y, como era decorador de interiores, lo construyó en madera. El concepto pegó duro. “Porque no había un bar de verdad que hiciera respetar esa parte de que no hay necesidad de ser tan acalorado, tan amanerado, de hacer cosas estrafalarias, por ejemplo, como lo hacen los travestis”, afirma Fernando.

Cuando abrieron Gentry tenía capacidad para cuarenta personas. Luego ampliaron las instalaciones y ya cabían 150. Después construyeron un mezzanine que podía albergar hasta cuarenta más. Gentry alcanzó a tener casi 300 clientes en una noche de Halloween.

Para lograr que la clientela fuera más selecta y el bar no se llenara tanto, empezaron a exigir un consumo mínimo de 50 pesos. Luego lo subieron a 100. En los ochenta una caneca de aguardiente costaba entre 28 y 35 pesos. La decisión les salió bien, aunque muchos clientes al principio se retiraron, pero ellos ganaron más plata con menos trabajo.

Los sitios aledaños a Gentry eran un bar de salsa y varias cafeterías. En el segundo piso de la edificación funcionaba el Instituto Atenas. Varios estudiantes de aquel

colegio terminaron trabajando en Gentry. Carlos prefería como meseros a hombres homosexuales de apariencia masculina porque no respondían groseramente a las propuestas de algunos clientes, como sí lo hubieran hecho hombres heterosexuales.

Después de la construcción del mezzanine compraron un pequeño bar aledaño. Instalaron un vidrio en la entrada principal y un escritorio estilo recepción. Una persona recibía a los clientes y un grandulón se encargaba de no dejar pasar a los indeseables: nada de travestis, maricas amanerados, lesbianas machorras o personas estafalarias.

—La gente que iba era muy diferente, muy bonita —Recuerda Hernán—. En diciembre venía mucho extranjero. Venía el Holiday para patinar en el hielo, gringos patinadores y todos llegaban a Gentry. Venía mucha gente de Estados Unidos, de Canadá, de Venezuela, de Panamá, de Uruguay, de Paraguay, de México. Gentry era el único sitio nombrado en Colombia que aparecía en la revista *Spartacus Gay*. Esa revista la tienen en los hoteles, por lo menos en el Inter, en el Dann. Ahí existía el mapa de dónde quedaba el Gentry.

Era un lugar exclusivo para hombres homosexuales, aunque también permitían el ingreso de heterosexuales.

—La mujer que entraba al Gentry tenía que ir en vestido, si no, no podía entrar —cuenta Hernán—. Allá no había camioneras, ni choferes de bus ni nada de eso. A esas cacorras no las dejábamos entrar. Ni locas *cuncias* (palabra usada para referirse a las sirvientas, amas de llaves o empleadas domésticas).

Además de administrar el bar, Fernando aprendió a ser DJ, todo un arte que hoy sigue realizando excepcionalmente bien. Él tocaba en Gentry y más adelante lo hizo en Centro 14-65 o Studio 54. Recuerda que en esos lugares lanzaron éxitos como *I will survive* de Gloria Gaynor, canciones de Dona Summer, de los Bee Gees. Dice que la música que ponían en Gentry marcaba la pauta en la ciudad, por lo menos en los bares y discotecas del norte. Cuando necesitaron tener un sonido sin baches entre canciones y más profesional, Carlos Urdinola compró los tornamesas. Cada mes llegaban al bar treinta discos de doce pulgadas desde Estados Unidos. Urdinola tenía los contactos y Fernando se dedicó a estudiar.

—La idea básica de la música en Gentry —recuerda él— era que tocábamos más o menos treinta minutos entre pachanga, salsa, mucha cumbia, mucho porro, cosas en que había el contacto de la persona con la otra persona, sin ser groseros. También poníamos las baladas; eso ayudaba a vender y también hacía conocer a más gente. Pero la música disco fue el detonante. La gente decía: “¡uy!, allá se pone mejor

música que en otro lado”.

Canciones como *Never can say goodbye*, *Reach out*, *On the knees*, *Souvenir*, *Don't let me be*, *I'm coming out* y *I just can't get enough*, encendieron las noches de Gentry y marcaron la memoria de sus asistentes para siempre.

El otro género musical que mezclaba Fernando era el High Energy, sonidos electrónicos parientes del House, nacido a finales de los setenta en Alemania y Holanda. Un ritmo que invitaba a mover el cuerpo y a sudar, “que invitaba al amor y no a la pelea”.

Sin duda su música fue un sello de calidad, pero el Gentry llegó a la cima cuando empezó a presentar los shows travesti. Según Hernán Ceballos, este bar fue el primero de ambiente en el país que se atrevió a realizar una apuesta de ese tipo. En plena semana santa de 1981, cuando disfrutaban de unos días de descanso en una finca, a La Quincalla (el encargado de la barra más pequeña del bar) se le ocurrió proponer que se disfrazaran de mujeres. Fue tan divertida la experiencia, que al día siguiente el socio gringo de Urdinola propuso los “miércoles locos” con presentaciones de los empleados en el bar.

—Nos fuimos el día antes —cuenta Hernán— por la tarde, por allá por el barrio Granada. Había una gringa que traía ropa de segunda de por allá para vender, eso se llamaba “Casi nuevo”; entonces allá fuimos a buscar tacones, pelucas, sombreros, vestidos, ¡todo! Ya contrataron a una loca maquilladora, peluquera, para que nos fuera a pintar por la noche.

La campaña de expectativa con los clientes del bar tuvo éxito y al miércoles siguiente el bar se llenó de personas. “¡No! y era todo el mundo cagado de la risa de vernos así disfrazados de mujer atendiendo”, recuerda Hernán. Pasó menos de un mes, el show estaba afinado y listo para presentarse. La Puloy fue Olga Guillot, La Quincalla cantó *New York New York* en el rol de Liza Minelli, y Hernán hizo un desastroso show de *La Pollera Colorá*.

—Se regó la ola en Cali que en el Gentry estaban haciendo show de maricas. ¡Virgen Santísima! —relata emocionado— Vos hubieras visto el segundo miércoles de show, ¡ese gentío tan horrible! Ya habían llegado maricas a ofrecerse allá para trabajar en el show. La gringa las entrenó, hicieron coreografía, todo muy bien montado porque, para qué, la gente se quedaba con la boca abierta porque eso sí era show.

Gentry vio nacer a una constelación de estrellas del transformismo que encantaron a los asistentes. Una de ellas, La Quincalla, a quien se le ocurrió la idea en

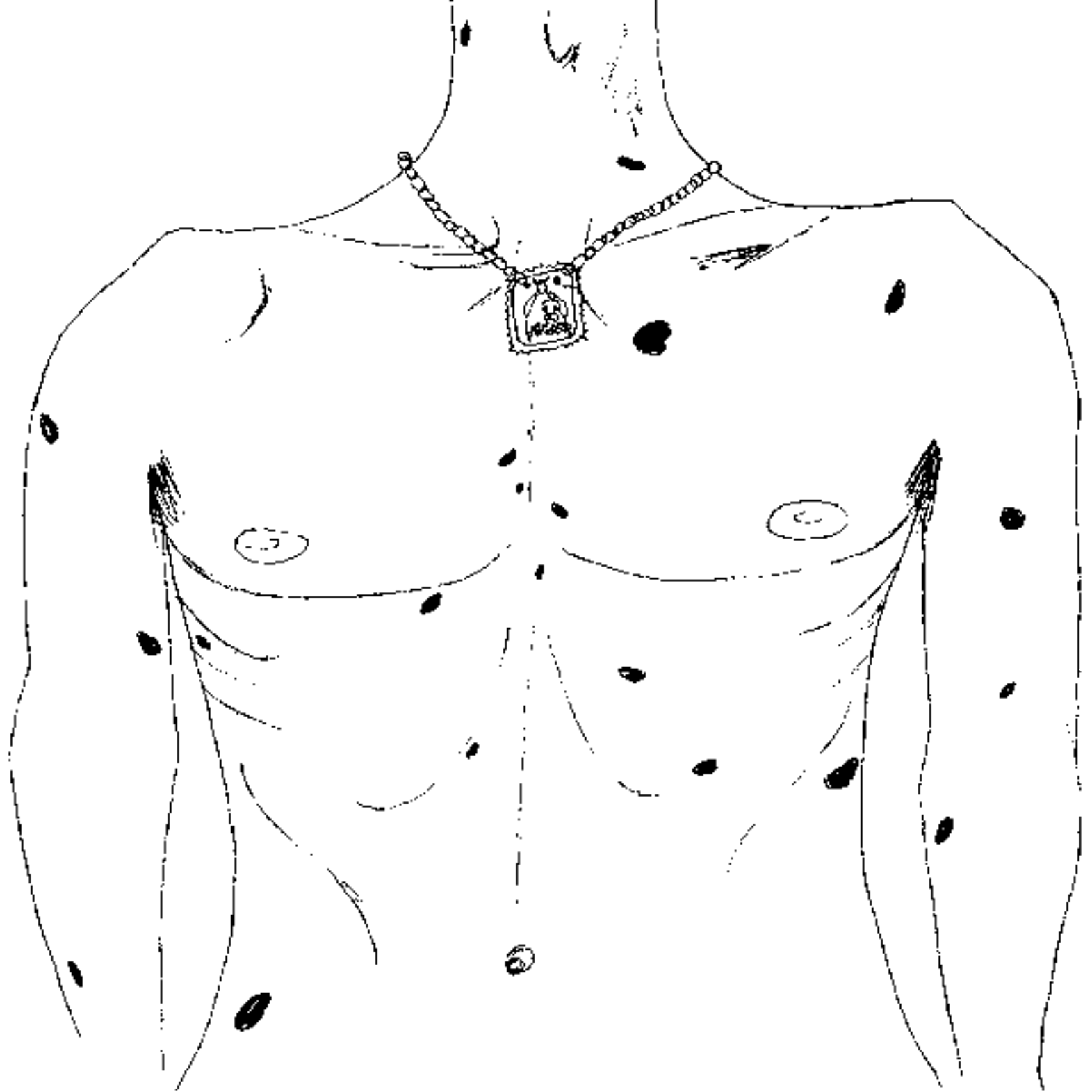
aquella finca, salió de pelea con los dueños del bar y buscó a Perico — propietario de El Prado— para proponerle un negocio. En seis meses ese negoció se cristalizó. Corría el año de 1984 cuando El Prado pasó a llamarse Centro 14-65 y, en menos de ocho meses, Gentry tuvo que cerrar sus puertas.

Musicalmente era similar al bar que administraba Fernando Castro. Él afirma que le pusieron Centro porque fonéticamente la palabra se asemejaba a Gentry.

—Allá había mucha más libertad —dice él, comparando Centro y Gentry—. Allá entraban unas areperas que ¡dios mío!... perdón, lesbianas. A mí me tocó ver a Perico darse puños con mujeres. No sé por qué en esa época la lesbiana era muy grosera, era muy atrevida, muy enfrentada. Ellas, en esa época, gustaban más de la pachanga, la charanga, la salsa, mucho tropical y la parte que yo tenía enfocada era la música disco, el high energy. —Cuando Fernando terminaba las tandas de tropical para poner otra música las mujeres venían a cascarlo—. Una vez me tocó hablar con Perico y le dije: “hermano, deme libertad para la música porque si no me le voy”. Entonces él me decía: “no, tranquilo”. Y, de verdad, a él le tocó verme ahí con unas lesbianas bravísimas, furiosas.

De acuerdo a Hernán, ese tipo de problemas con las lesbianas, la mala atención de las personas que trabajaron allí, la desidia de Perico por mantener en buenas condiciones el lugar y la llegada de nuevos espacios para la rumba, precipitaron la decadencia y el posterior cierre de Centro 14-65. El 30 de diciembre de 1990 fue el último día en que se abrieron las puertas de la discoteca: hubo lleno y destrozo total, “como si hubiera habido un desastre” afirma.

Hoy en día ya todo eso acabó. En la calle 9 entre carreras 3 y 2 sigue abierto Golden, el único bar que aún se mantiene, en el mismo lugar, desde esa época. Ya no conserva la misma estética. El dueño es un encanto de persona y cuando llega al sitio rompe la tensión del ambiente: saluda, abraza y besa a muchos de esos hombres solitarios que permanecen sentados en las pequeñas barras, mirándose entre ellos, inexpresivos, tal vez cansados. La música suena pero ninguno baila. Sólo aciertan a tomarse el trago que pidieron.



La llegada del sida a Cali

Ilustración inspirada en una fotografía del artículo de prensa *El AIDS: La temible “plaga de los homosexuales”*.

Del ostracismo al trabajo grupal

El reloj marcaba las 11:20 minutos de la mañana. Llegué temprano —pensé— mientras caminaba hacia la recepción de la Corporación de Lucha contra el Sida, lugar que a esa hora estaba repleto de personas. No me detuve a mirar a los otros visitantes sino que apuré el paso para que me anunciaran con mi entrevistado. El psicólogo está en consulta —me indicó la secretaria—, por favor tome asiento.

Desde mi silla empecé a observar con disimulo a cada sujeto: vi personas mayores, jóvenes, hombres, mujeres. Fue inevitable preguntarme si todos se encontraban ahí porque eran portadores de la enfermedad o si acompañaban a algún familiar o si apenas se realizarían la prueba para conocer su estado.

Detuve la mirada en ella, una negra de cabello largo y maltrecho, vestida con lycra de estampado y una blusa ceñida a su delgada figura; calzaba sandalias y llevaba un bolso grande. Atendía las indicaciones de la recepcionista. Su rostro y todo su cuerpo cargaban la rudeza con la que, seguramente, ha tenido que enfrentar la vida en Cali, una ciudad hostil y particularmente violenta con las mujeres trans.

Vinieron a mi memoria imágenes de historias que activistas como Pámela Montaña, la primera mujer trans en Colombia en ser reconocida con el derecho al cambio de nombre masculino por femenino en la cédula y directora de la asociación Transmujer, o Twiggy Escobar, una ardua luchadora que por medio de su fundación apoya emprendimientos de las personas LGBT, han narrado en diversos espacios. Hablan sobre el trabajo sexual en la Calle del Pecado —en pleno centro de la ciudad— donde, entre otras cosas, debían aprender por puro instinto de supervivencia, a correr trepadas en sus tacones y así escapar de la policía para evitar ser golpeadas, montadas en el camión y llevadas a la estación, lugar en el que eran despojadas de su feminidad.

La mujer regresó a su silla y yo me levanté de la mía para ir al baño. Al cerrar la puerta me descubrí mirando todo con recelo. Evitaba tocar demasiado los objetos de ese lugar. En mi cabeza no paraba de repasar lo leído sobre el origen de la enfermedad y sus síntomas. Para el portador de VIH que entraba en etapa de sida todo empezaba así: diarreas fulminantes que ningún medicamento era capaz de detener, pérdida de peso acelerada, fiebres altas y la aparición de sarcoma de Kaposi (un tipo de cáncer que genera parches de tejido anormal, morados, rojizos o marrones, que afloran bajo la piel, y también en la boca, la nariz, la garganta, en los ganglios linfáticos y en otros órganos).

Salí del baño con sentimiento de culpa. Sabía que el VIH hoy es catalogado

como una enfermedad crónica tratable y que los pacientes en tratamiento pueden llegar a niveles muy bajos —indetectables— de concentración del virus en la sangre, lo que reduce considerablemente el riesgo de transmisión. No había otra explicación: me dejé llevar por el estigma.

Al pie de la puerta de uno de los consultorios esperaba Diego Correa, psicólogo, docente e investigador, con más de treinta años de experiencia atendiendo a personas que viven con el virus. Me invitó a pasar a su oficina, cerró la puerta y ambos tomamos asiento; yo saqué un cuaderno con un extenso cuestionario. Detrás de la puerta, sin embargo, seguía el temor, la zozobra y la angustia, todos esos sentimientos negativos que aún se transmiten con la infección por VIH.

+++

Diego tiene estatura media, contextura gruesa y pelo blanco liso; viste como esos profesores que se encuentran fácilmente en las universidades: camisa manga larga, pantalón que tal vez es de algodón o quizás de lino —desconozco las diferencias entre uno y otro—, correa de cuero negro, reloj y zapatos de material. Es el mayor de siete hermanos y, como buen hermano, tuvo que hacer sacrificios en procura de lo mejor para los más pequeños de su estirpe.

Siempre se sintió seducido por la psicología, esa ciencia que logra abarcar la experiencia humana, porque su deseo era ayudar a las personas con dificultades; devoraba libros sobre esa disciplina, incluso antes de entrar a la universidad. Al terminar el colegio llegó el primer sacrificio como el mayor de los Correa: aplazó el ingreso a la carrera de psicología y estudió contaduría pública, una profesión plagada de números que poco o nada tenían que ver con lo que le apasionaba; sin embargo, trabajar como contador le permitió ayudar a pagar los estudios universitarios de sus hermanos.

Poco tiempo ejerció la profesión. Ingresó a la Universidad del Valle a cumplir el sueño aplazado y estando en la fase final de la carrera, su programa de estudios le ofreció realizar prácticas profesionales en el Hospital Universitario del Valle.

— Tenía en esa época muy claro que muchos de los problemas de salud tienen que ver con lo psicológico: la conexión que había entre mente y cuerpo; la forma como yo construyo en mi cabeza mis ideas, mis temores; el significado que le doy a ciertas cosas.

Estaba en lo cierto. Más adelante sería la experiencia y los resultados

alentadores de su trabajo con personas infectadas con VIH o en etapa de sida, los que se encargarían de darle la razón.

+++

Entre 1984 y 1985, siendo estudiante de psicología, empezó a recibir las primeras noticias sobre la infección por VIH. Diego lo veía como un suceso lejano que afectaba a hombres homosexuales de Norteamérica. Recuerda que no se hablaba propiamente de sida o VIH —dos términos consensuados por los grupos de científicos que estudiaban la enfermedad, en 1982 y 1984 respectivamente— sino de la *peste gay*.

— Esa fue la forma como los titulares de prensa, incluso revistas científicas de medicina, titulaban la infección por VIH. Se asocia con la promiscuidad sexual y se ubica a éste [el de los homosexuales] como un *grupo de riesgo*. Ahora, en el léxico que manejamos, no utilizamos las palabras *grupos de riesgo*, se habla de *conductas de riesgo*.

Tanto titulares de prensa, como noticias de televisión y de radio, creo que siempre utilizaron el estigma y el destacar que eran hombres gais para producir noticia. Pienso que la parte mediática fue fuerte en ese sentido.

Por esa misma época asistió a una conferencia en la Universidad del Valle organizada por el profesor Octavio Giraldo Neira, su tutor en los cursos de sexualidad humana y terapia sexual; además, uno de los pioneros en Colombia en el tema de sexualidad. Recuerda que el auditorio era muy grande y estaba lleno de personas, mientras el docente mostraba como algo novedoso esa infección que había aparecido. “Las imágenes fueron fuertes —me cuenta Diego— porque eran hombres con sarcoma de Kaposi, desfigurados por cáncer de piel, muy delgados y pues realmente fue impactante”.

Pero más impactante que las imágenes fue escuchar a Giraldo decir que se trataba de una enfermedad que no tenía cura, con un índice de mortalidad altísimo dada la ausencia de tratamientos o medicamentos para combatirla y que sería un retroceso en cuanto a la aceptación y el establecimiento de derechos para la comunidad homosexual.

El País de España publicó un reportaje el 12 de septiembre de 1985, titulado *Las víctimas del SIDA, leprosos del siglo XX*. Allí describe una serie de medidas que tomaron entidades gubernamentales, eclesiásticas y educativas en Estados Unidos —el país más afectado por la enfermedad— y que resultaban discriminatorias: por

ejemplo, el cambio de planes de la arquidiócesis de New York que había anunciado la construcción de un refugio para los infectados y luego decidió echar reversa a ese proyecto; la exigencia de realizar la prueba serológica a los nuevos integrantes de las Fuerzas Armadas, a quienes les impedían el ingreso en caso de resultar positivos; o en el estado de Virginia, donde los trabajadores de la oficina de Seguridad Social se negaron a recibir a un hombre con sida que quería reclamar sus bonos de alimentación.

Un año antes —el 14 de noviembre de 1984— ese mismo diario informó sobre la posibilidad de que en la República Federal de Alemania se castigara con penas privativas de la libertad de tres años, a los homosexuales ya infectados “si continúan manteniendo relaciones sexuales” (Bonn: 1984). Tres días después publicaron una noticia sobre el fallecimiento de tres bebés en el estado de Queensland (Australia), luego de recibir una transfusión de sangre de un donante homosexual, lo que impulsó al gobierno de esa localidad a presentar un proyecto de ley que buscaba castigar con prisión y multas económicas “a cualquier varón que haya mantenido relaciones sexuales con otro hombre en los últimos cinco años y done sangre” (Cusi: 1984).

— *¿Cuál fue su primera reacción después de recibir toda esa información en la conferencia?*, le pregunto. Diego se toma un momento y responde.

— La primera reacción fue miedo, porque además las imágenes de las diapositivas era muy común que las mostrarán, incluso en los noticieros. Miedo porque en ese momento no había respuesta, eran sino interrogantes. Sentí mucho temor por esa enfermedad y que específicamente tocara a los hombres gais.

En 1986 le llegó la oportunidad de poner a prueba sus conocimientos: empezó a hacer prácticas en el HUV. Inicialmente con expectativas de atender a pacientes con cáncer, pero el destino lo llevó a trabajar paralelamente con personas VIH positivo.

— *¿Cree que ser homosexual incidió de manera particular para que trabajara en temas de VIH sida?*

— No, no, no. El interés que me surgió a mí sí fue porque era una enfermedad nueva, que tenía muchos interrogantes pero que estaba afectando específicamente a una población. Entonces era interesante eso, como ese aspecto.

Quisiera creer que sólo se trató de una motivación jalonada por la curiosidad profesional de enfrentarse a lo desconocido, pero en su mirada puedo leer esa empatía natural que surge entre las personas cuando comparten afinidades, problemáticas o pertenecen a un grupo social en particular y que aflora ante circunstancias adversas. Ser gay lo afectaba de manera diferente, porque Diego no era simplemente el psicólogo, muchas veces fue el amigo del enfermo o podía, incluso, llegar a ser el paciente (por

el simple hecho de pertenecer a ese mal llamado *grupo de riesgo*).

+++

La fecha no la tiene clara, pero esa primera vez sigue —y seguirá— grabada en su memoria. Pasó de los libros, de la teoría, a la práctica. La familia de un paciente de carne y hueso que llegó de Estados Unidos solicitó apoyo al grupo de psicología del hospital, pero ninguno lo quiso tratar.

— Entonces yo dije que lo atendía y simplemente me tocó quedarme esperando a que el paciente llegara del aeropuerto al hospital directamente. Él marcó de alguna manera mi vida profesional porque, en primer lugar, me sentía incompetente y sin conocimientos para atenderlo; era algo absolutamente nuevo. También me impactó su miedo, su soledad, el hecho de que había estado ausente de Colombia veinte años y ya regresaba enfermo. Y la reacción que había tenido su familia ante una enfermedad que generaba miedo.

Esa primera consulta duró dos horas. Cuando le di la mano, me quedó picando. Era el impacto psicológico de haberlo tocado. Por debajo del escritorio me sobaba la mano, sentía escozor. Era una cosa más bien psicológica. Recuerdo que fui evitativo.

Me mostró fotos en un álbum que traía: cómo era un hombre atractivo cinco años atrás y cómo estaba en ese momento, totalmente desmejorado. Pienso que a partir de atender a ese paciente, tomé la decisión de que ése iba a ser uno de mis objetivos profesionales.

— *¿Cómo hizo para vencer esos temores y seguir trabajando con las personas que tenían la enfermedad?*

— Informarme desde lo clínico. Como tenía a la mano a los médicos, era preguntándoles. Era gente que estaba estudiando.

En esa época no había internet tan potente como ahora, pero había artículos que llegaban del exterior. Y cada vez mejores evidencias sobre el manejo clínico, aunque persistía el miedo del contacto casual, porque no se sabía si el virus se transmitía por el aire o si uno al tocar el cuerpo generaba la transmisión.

Diego recuerda que durante su año como practicante contaba con el acompañamiento de un médico de planta y de los docentes de psicología de la universidad. Ninguno de ellos sabía cómo enfrentar la situación, lo que generó actitudes hostiles hacia los enfermos.

— Los médicos no querían tocar los cuerpos de las personas con VIH en

urgencias, por ejemplo. Se paraban unos metros atrás y hablaban, le preguntaban cosas. Era una época en que la ignorancia que había sobre el tema generaba esas actitudes tan fuertes con los pacientes.

Tampoco olvida que algunos pacientes se le acercaban después de estar hospitalizados o en urgencias y le comentaban sobre las formas en que se expresaba el personal médico, sobre todo, con relación a las orientaciones sexuales de esas personas. Comparaban la enfermedad con una especie de castigo que se merecía ese homosexual por la vida que llevaba; o si se trataba de una mujer trans, se burlaban porque llegaba vestida con prendas femeninas a urgencias. También recurrían a estrategias para evitar recibirlos en consulta: dilataban la atención, atendían a todos los pacientes menos al portador del virus y esa persona debía esperar horas e incluso días.

— Tal vez era por temor o por falta de recursos en ese momento, pero básicamente había una cuestión de discriminación. Era la época en que el sida se asociaba a homosexuales. Pienso que las cosas fueron cambiando cuando también fue cambiando el perfil del paciente con VIH, que ya no era solamente el homosexual.

— *¿Qué tipos de pacientes infectados llegaban al HUV?*

— En primer lugar, llegaban en estados muy avanzados porque les daba miedo. Entonces el paciente tenía síntomas, sabía que había estado en riesgo, pero no se quería hacer pruebas de ninguna clase. Y ya cuando iban al hospital, estaban en estadios avanzados de la enfermedad. Incluso yo los veía en medicina interna, en fases terminales.

Recuerdo que atendíamos a muchos peluqueros, me llamó la atención eso. También trabajadores sexuales que trabajaban callejeramente en el sector de La Ermita, como por esos lados. Además empezamos a atender a mujeres infectadas por sus maridos en relaciones heterosexuales y donde lo transversal era la infidelidad; mujeres amas de casa infectadas por sus maridos, pues, muchas veces, ellos tenían relaciones sexuales con hombres y de ahí se generaba la transmisión del virus.

De acuerdo al informe *Panorama del VIH/SIDA en Colombia, 1983-2010. Un análisis de situación*, publicado por el Ministerio de Salud y Protección Social, en el país se pasó de tener dos casos reportados de mujeres infectadas con el virus en 1986 a 119 cuatro años después. Conforme avanzó el tiempo, la enfermedad demostró que, a diferencia de los primeros años donde se le llamó la *peste gay* y se señaló a una minoría como la causante del virus, ella no conocía de discriminación y entraba en los cuerpos de hombres y de mujeres sin distingo de orientación sexual o identidad

de género.

El hecho de que el VIH se propagara en otros grupos distintos a los homosexuales, los drogadictos que compartían jeringas, los hemofílicos o los haitianos, no significó un avance para acabar con la estigmatización y el estupor que produce una enfermedad ligada a un tema tabú en la sociedad: el sexo. Y por increíble que parezca, en pleno siglo XXI persisten malas prácticas médicas cuando se realiza la asesoría previa a la toma de la prueba y la consejería posterior al resultado.

— Hasta hace media o una hora —me relata entre asombro y resignación—, a una persona [atendida por él en su rol de psicólogo en Corposida] no se le olvida la forma tan agresiva y tan burda como recibió el diagnóstico en un puesto de salud de Cali. A mí me sorprende mucho que aún, después de 30 años, haya profesionales que se expresen de esa manera. Para ese paciente, la forma como le dieron el diagnóstico es algo que se vuelve inolvidable y que lo afecta emocionalmente.

Creo que fue una constante. Ahora ha disminuido mucho pero no deja de haber temores, incluso cuando uno ofrece prácticas en psicología. Recuerdo a los últimos practicantes que tuve en el HUV: yo ofrecía radioterapia, quimioterapia, enfermedades crónicas, clínica del dolor, consulta externa, gerontología, VIH, y los estudiantes escogían los programas en los que querían estar, pero VIH no lo querían escoger. Y estamos hablando del 2013, 2014 y 2015.

+++

La Agencia para la Administración de Alimentos y Medicamentos (FDA) de Estados Unidos, autorizó a finales de 1985 la primera prueba serológica —conocida como ELISA— para la detección de los anticuerpos del VIH. Sin embargo suponía varios inconvenientes, entre ellos, que el paciente debía esperar mínimo tres meses después de haber estado en riesgo para hacerse la prueba. Antes de su llegada a nuestro país, en los centros médicos se incorporaron una lista de indicadores o síntomas que fueron objeto de estudio y análisis en otros países. “Por ejemplo la candidiasis oral, el sarcoma de kaposi, las neumonías. Era más un diagnóstico a partir del cuadro clínico”, aclara Diego.

Establecer esa lista de síntomas permitió restar en parte el pánico generalizado de la población, pues se asociaba eventos como gripes o pérdida de peso con VIH. La posterior incorporación de la prueba ELISA —cuya segunda generación estuvo disponible en 1987— trajo mucha más precisión. No obstante, esas dos ayudas

resultaban insuficientes, pues aún no existía un procedimiento avalado por el otrora Ministerio de la Protección Social para atender a los enfermos.

— *Pasaron más de cinco años desde que se descubrió la enfermedad en Estados Unidos. ¿La medicina había avanzado en alguna ruta de atención?*

— Ruta de atención no existía, porque acá no sabían cómo atenderlo, no había mucha claridad. De pronto los pacientes llegaron a las salas de infecto-adultos y tuvieron que crear espacios, cuartos de aislamiento, precisamente por la falta de conocimiento. Pero se llegaba a tomar medidas extremas que hacían sentir muy mal al paciente: como un objeto de estudio; y la gente hacía el viaje a ciertas salas de los hospitales a ver a la persona que llegó con sida, porque era una novedad. Muy de novelería.

Pienso que la información no llegó en forma clara. Había mucha especulación, sobre todo con las formas de transmisión y la posibilidad de infección a partir del contacto físico. Entonces surgían preguntas: si al estornudar, si al dar la mano, si la cercanía física podía infectar; y creo que, todavía, se manejaba información incorrecta.

Los años 80 y buena parte de la década siguiente pasaron sin mayores desarrollos en el establecimiento de rutas o protocolos para asistir a los enfermos en los centros médicos. El final de los 90 marcó el inicio de muchos avances en los sistemas de salud mundiales, incluida Colombia. Las pruebas para la detección de los anticuerpos del VIH y la confirmatoria o Western blot, fueron incorporadas como procedimientos de laboratorio clínico en 1994, por medio de la Resolución 5261. Tres años más tarde se emitió el Decreto 1543 de 1997, documento que reglamentó el manejo del Virus de Inmunodeficiencia Humana (VIH), el Síndrome de la Inmunodeficiencia Adquirida (sida) y las otras Enfermedades de Transmisión Sexual (ETS).

Diego plantea que fue hasta la llegada del nuevo siglo cuando empezaron a tener mayor desarrollo esas estrategias relacionadas con la atención. Además, los avances científicos mostraban con más precisión cuáles eran las formas de infectarse y cuál era el manejo hospitalario o ambulatorio en cada caso, lo que ayudó a disminuir un poco la discriminación y el estigma.

“Eso generó que hubiera menos ansiedad al estar cerca de un paciente. Entonces las consultas en los hospitales fueron mucho más humanas, con más contacto físico y menos miedo”, me cuenta emocionado, como si se trasladara al presente de la enfermedad y dejara de remover los recuerdos de una época que, sin duda, fue catastrófica para la población homosexual.

El Grupo o Las Inmortales, con esos nombres recuerdan al clan de supervivientes que hicieron parte de un grupo terapéutico que se formó gracias a los encuentros casuales entre los pacientes de Diego, en las bancas que estaban justo frente a su oficina en el HUV. Ellos establecieron vínculos de amistad y de confianza para compartir sus experiencias como portadores de la enfermedad, dinámica que llamó la atención de Correa, quien les propuso crear un grupo de apoyo exclusivo para hombres gais infectados con VIH.

En una época donde la morbilidad era escandalosamente alta y el promedio de vida de una persona con sida rondaba las semanas o pocos meses, ese grupo logró arrebatárle a la muerte a varios portadores de la enfermedad; algunos resistieron muchos años y otros aún siguen vivos.

— Si yo diagnosticaba a un paciente un jueves en la mañana, sabía que era más efectivo y contundente que él fuera en la noche al grupo terapéutico, a que pasara conmigo por diez consultas de psicología. Porque allá iba a encontrar a quince hombres gais de varias edades con VIH, en un salón, alegres, felices, contando anécdotas.

Las sesiones de trabajo de esos quince hombres homosexuales, estaban orientadas por la terapia cognitivo-conductual: un tipo de terapia del habla que se trabaja con un psicoterapeuta —en este caso era Diego— quien de manera estructurada le ayuda a las personas a identificar y tener consciencia de pensamientos negativos, afrontar situaciones médicas adversas o trastornos como el estrés, para luego dar respuesta de manera eficaz. Era la primera vez que se conformaba un grupo de terapia cognitivo-conductual con hombres gais diagnosticados con VIH.

Claro que también se vivían momentos duros por la muerte de compañeros. Cuando alguno de ellos moría, era un acontecimiento difícil en la terapia y las sesiones siguientes estaban marcadas por el proceso de duelo.

— *¿Cuál cree que fue el determinante que les permitió a esos hombres tener una esperanza de vida tan larga?*

— Si yo analizo qué funcionó en ellos, diría que fue la capacidad de afrontamiento y el espíritu de lucha. Porque a muchos pacientes no los mató el sida, los mató el miedo. Los mató el miedo a afrontar a sus familias, los mató el miedo a perder sus empleos, el miedo al rechazo social, el miedo a la sociedad. O sea, había mucho pánico, pero pienso que esas personas fueron fuertes psicológicamente e hicieron uso de estrategias para manejar situaciones.

Pienso que tiene mucho que ver con el componente psicológico. Por algo existe ahora la psicoimmunología que está demostrando cómo los estados emocionales tienen relación con el sistema inmunológico. Incluso hay un profesor que me proponía que por qué no hacíamos un análisis de estudios de caso de esos sobrevivientes: ¿qué pasó con ellos? Porque, finalmente, luego ya se benefician de los antirretrovirales. Pero pasó tiempo antes de que llegaran a Colombia los medicamentos.

Cuando la terapia empezó a dar resultados, por decisión de sus integrantes se invitó a otros profesionales —psiquiatras, trabajadores sociales— y a los familiares de los pacientes, en encuentros programados durante el fin de semana en espacios alternativos como fincas.

Poco tiempo después de crear el grupo terapéutico, Diego recibió el llamado del médico Fernando Rocha y del enfermero Luis Hernán Domínguez. Ellos hacían parte de un grupo grande de amigos homosexuales que se reunían a departir y organizar fiestas o paseos; sin embargo, esa invitación era de otro talante: querían constituir una fundación que ayudara a las personas infectadas con VIH o en etapa de sida, entre los que se encontraban algunos de sus amigos. En 1991 crearon Proyecto Vihda y Correa empezó a trabajar paralelamente en los dos espacios.

En Proyecto Vihda también trabajaban con grupos terapéuticos, al tiempo que organizaban charlas y cursos. Especialmente educaban a las personas que debían asumir el cuidado del paciente —en su mayoría madres— para que supieran, por ejemplo, cómo voltear a la persona en la cama, cómo curarle las escaras producidas por el sarcoma de Kaposi, qué tipo de alimentación debía recibir, entre otras cosas.

Otra línea de trabajo importante de la fundación, fue la realización de festivales y actividades al aire libre en lugares como el parque de El Templete, para recaudar fondos y mandar a traer desde Estados Unidos medicamentos como la zidoduvina o AZT (el primer antirretroviral aprobado para el tratamiento del VIH).

— En esa época de los noventa hubo en Cali muchas fundaciones, como Vivir Mejor, Dasfe y Proyecto Vihda, las tres lideradas por hombres gais. Yo pienso que durante más de 15 años, todo el movimiento fue de hombres homosexuales, no sólo en Cali, también en Bogotá y Medellín. Muchas de esas personas ahora están liderando procesos a nivel nacional.

El Grupo o Las Inmortales permaneció activo durante 12 años y por lo menos tres o cuatro personas infectadas entre 1986 y 1992 seguían vivas y con excelente salud —según Diego— hasta ese día en que nos reunimos en Corposida. Además, la experiencia fue presentada en tres congresos: uno internacional sobre VIH realizado

en Cali, luego otro organizado en Cuba y en uno sobre psicología de la salud en Cartagena. Finalmente fue el propio Diego quien disolvió el grupo, al considerar que esas personas lograron afrontar positivamente su enfermedad.

— Se había vuelto más como algo de amistad, de familiaridad y el objetivo terapéutico, digamos, ya no estaba. Pero siento que fue muy importante como un mecanismo de soporte frente a lo que sucedía en el entorno, en el medio ambiente, en el sistema de salud, en las familias.

+++

Diego interrumpe la conversación para atender al teléfono que empezó a repicar hace un par de segundos. Aprovecho para mirar la hora en el celular: faltan pocos minutos para la una. “Ah bueno, ya la voy a llamar”, le responde a la persona que está al otro lado de la línea. Parece que el próximo paciente ya se encuentra en la sala de espera.

— *¿Cree que la llegada del VIH cambió las prácticas sexuales en la población homosexual de Cali?* No duda ni un segundo y de forma contundente responde:

— No. Por dos condiciones diferentes: primero, hay una generación que cuando nació ya el VIH existía, por lo tanto para ellos sería muy fácil incorporar el condón a su vida sexual [y sin embargo, muchos no lo hacen]. En contraste, hubo otra generación de hombres gais en Cali que desapareció por completo en esa década. Fue una avalancha de muertes, una tras otra, incluso personas que no sabían qué era lo que les había pasado y morían.

Estábamos en una época en que había una vida sexual muy abierta y muy libre. Y Cali contaba con muchas discotecas, sitios de encuentro y saunas gais. Incluso nosotros dictábamos conferencias sobre VIH los domingos en la tarde en algunas discotecas tratando de hacer prevención, pero pienso que las prácticas no cambiaron y no han cambiado hasta ahora. Y las cifras lo demuestran: siguen aumentando.

A los jóvenes los siento supremamente tranquilos con la infección. Por ejemplo, hablé con un chico de 20 años y si yo contrasto cómo lo manejó él a cómo lo manejaban en 1990, es una diferencia asombrosa. Para ese chico es como si le hubiera dado gripa, una virosis. Hace treinta años era devastador para las personas este diagnóstico.

Para noviembre de 2017, la Secretaría de Salud Pública Municipal de Cali registró 1396 nuevos casos, de los cuales 954 corresponden a infecciones por VIH, 246 a personas con diagnóstico positivo que avanzaron a etapa de sida y 196 a muertes

asociadas a la enfermedad, lo que representa un aumento de 370 reportes comparado con 2016. Es decir, 29 casos nuevos —de cualquiera de los tres estadios— cada semana. Las cifras siguen siendo alarmantes.

El sida como Proyecto de Vihda

La epidemia mediática

El sida llegó a Colombia en 1983 o en 1984. Las fuentes se contradicen, pero el primer caso documentado es el mismo: una prostituta en Cartagena contrajo la llamada *peste rosa* y murió de una manera que nunca se había visto en el país. Pudo ser que un turista extranjero, estadounidense tal vez —no se sabe porque las teorías y los mitos para las cosas horribles sobran—, trajera en su cuerpo un cargamento de entidades biológicas ultradiminutas conocidas hoy como el Virus de Inmunodeficiencia Humana VIH, y se las transfiriera a través de la sangre y las secreciones mientras compartían sus cuerpos en el sexo.

Los virus ni siquiera son considerados organismos vivos por la ciencia, pero éste, el VIH, se ha alojado en los cuerpos de 76 millones de personas en todo el mundo y en su fase terminal, de sida, ha acabado con más de 35 millones de vidas desde el comienzo de la enfermedad. En la década de 1980 el monstruo ya daba sus primeros pasos como epidemia en Estados Unidos y empezó a ensañarse con los hombres homosexuales. A una población históricamente perseguida, ultrajada y violentada por la heteronormatividad, por diversos regímenes y por múltiples religiones, se le sumaría el estigma de cargar con el *cáncer de los gais*.

A mediados de 1981, los Centros para el Control y Prevención de Enfermedades (CDC) de los Estados Unidos describieron la aparición conjunta de neumonía y de sarcoma de Kaposi en personas que, en su mayoría, eran hombres homosexuales. *Gay-related immune deficiency (GRID)* o Inmunodeficiencia Asociada a la Homosexualidad, fue el primer nombre oficial —cargado de estigma— del que posteriormente se conocería como Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida (sida).

Colombia, un país tercermundista, conservador y de mayoría católica, vio la llegada de aquella enfermedad misteriosa, azuzada por el sensacionalismo de la prensa y la televisión que mostraban a los homosexuales muriendo por centenares, lo que representó un golpe para esa minoría sexual en todo el país, quienes celebraban el inicio de la década con dos grandes victorias: la despenalización de la homosexualidad en 1980 y la primera Marcha por la Liberación Homosexual en junio de 1982.

La prensa nacional desató el temor desde la aparición de los primeros casos en Estados Unidos. La incompreensión de la nueva enfermedad, sumada al sensacionalismo de medios de circulación nacional como *Semana*, la revista *Cromos*, *El Espectador*

y El Tiempo, generaba titulares en 1983 como: *El AIDS: la temible plaga de los homosexuales*, *Contra los “gay”*, *La transmisión de la llamada “enfermedad de los homosexuales”* o *AIDS: un escándalo chimbo*.

Una publicación de El Espectador del 8 de agosto de 1983 generó tanta zozobra que a la semana siguiente, ante los reclamos de los lectores, el periódico tuvo que sacar una nota de casi media página tabloide, en la que explicaba detalladamente el comportamiento del VIH, sus características y su procedencia, porque se estaba confundiendo con el herpes. Además, el autor de la noticia a lo largo de su escrito se refería a la pérdida de valores morales, éticos y religiosos en los infectados: “[...] la promiscuidad sexual está mostrando su lado insensato y ello puede revelar que las religiones que la acusan podrían ahora tener la razón” (Forero: 1983, p. 9A), pues resultaba cómodo establecer una relación de falta y castigo, es decir, fallar en alguno de esos valores traía como sanción la enfermedad. Jorge Márquez lo explica como una representación facilista que hacían los periodistas en esa época, “según la cual desobedecer una política de las costumbres anclada en la conciencia de cada individuo y cuyas reglas son tácitas, atenta contra la moral y el orden establecidos” (Márquez: 2008, p. 83).

Es común encontrar en las páginas de antiguas noticias referencias bíblicas sobre la enfermedad como un castigo de Dios contra los homosexuales, las prostitutas y las personas promiscuas por su comportamiento. También se mencionaba a hombres homosexuales a quienes despedían de sus trabajos, de cuerpos a los que se les negaba el entierro, de enfermos a quienes el personal médico no quería atender y de habitaciones que eran clausuradas si alguien había muerto allí de sida. Ideas que solo contribuyeron a empeorar el clima de conservadurismo en el que vivía sumido el país.

La primera víctima colombiana documentada, esa mujer, esa prostituta de Cartagena originaria de Cali, se llamaba Marlene Benavides y según el informe de la revista Acta Médica Colombiana, ingresó el 5 de enero de 1984 al Hospital Universitario de Cartagena. Contrajo la enfermedad ejerciendo la prostitución en el puerto local, donde atendía a hombres que llegaban en barcos desde diferentes países. Marlene tenía 23 años y los médicos Alberto Carmona y Aristides Sotomayor, quienes atendieron su caso, trataron de mantenerla con vida por más de cuatro meses, pero falleció en la madrugada del 19 de mayo de 1984. El Espectador sacó una nota ese mismo día, donde relata que, después de morir, la habitación 8-02 donde estuvo Marlene, fue sellada y desinfectada.

Llegó el sida y se avivó la discriminación

Luis Hernán Domínguez, un hombre amable, alto y delgado, de sonrisa amplia y voz ronca que pierde por momentos, ya no tiene pelo. Podría apostar -después de recorrer junto a él, el área de Urgencias del Hospital Universitario del Valle- que ha sido el ajetreo de ser enfermero jefe en ese lugar, lo que le ha tumbado uno a uno todos sus cabellos. Me recibe en una habitación pequeña al final de un pasillo oscuro y en silencio, donde no se ven las filas de enfermos apostados a ambos costados del corredor, ni al personal de salud corriendo de un lado a otro, ni los rostros de angustia de quienes acompañan a los convalecientes. Mientras se cambia el uniforme por su ropa habitual, empieza a narrar visiblemente entusiasmado, su historia.

En los años ochenta fue testigo de la llegada del VIH y del sida a Cali, así como de la discriminación que sufrían los pacientes que ingresaban al hospital. Ya no recuerda al primero que atendió, pero dice que vio a centenares y que cuando llegaban eran de a tres, cuatro o hasta cinco por día.

En la ciudad se empezaron a registrar diagnósticos positivos en 1985 y dos años más tarde se dieron las primeras muertes, de acuerdo a un reporte histórico de la Secretaría de Salud Municipal, del que se debe tener cierta reserva porque -como se reconoce en el mismo documento- fue hasta el 2008 cuando el Sistema de Vigilancia en Salud Pública (SIVIGILA) incorporó las infecciones por VIH y sida como eventos de monitoreo continuo.

En una ocasión, recuerda Luis, internaron a tres muy enfermos y los acomodaron en diferentes pisos. A la mañana siguiente, cuando él preguntó al personal por el paciente más afectado, le contaron que el muchacho había muerto. Un médico que había escuchado la conversación se le acercó.

—Luis Hernán —le dijo el médico— usted está peligrando.

—¿Por qué? —respondió él.

—De que le dé sida.

—No —le dijo Luis, envilecido por el acto discriminatorio—. Yo no tengo peligro, porque no me he acostado esta semana con usted.

El médico quedó pasmado en la mitad del pasillo sin saber qué decir. Pero Luis puso la queja después con un superior y el médico recibió una carta de amonestación en la que le exigían respetar las orientaciones sexuales del personal.

Semejante comportamiento hacia un colega por el simple hecho de ser homosexual,

demuestra el grado de discriminación y de estigma. Y lo peor es que esas mismas actitudes se repetían con los enfermos, personas en estadios avanzados de la enfermedad que, en muchos casos, llegaban a morir a los hospitales. La vergüenza de someterse al escarnio público, así las únicas personas que supieran de su condición fueran profesionales del área de la salud -quienes, en teoría, debían guardar total reserva- hacía que no consultaran a tiempo.

— Una vez le dijeron a la mamá de un paciente que recogiera una muestra de esputo. La auxiliar que había en esa época en una clínica en la que trabajé, le dio un vaso desechable untado con jugo y la señora le dijo: “¡ey!, ¿no le parece que eso está muy sucio para recoger una muestra?”, y la auxiliar le contestó: “¿y no es porquería lo que tiene su hijo?”.

También recuerda el caso de una enfermera que violó el derecho a la confidencialidad y expuso a un portador de VIH, quien además trabajaba en el área de la salud. La mujer ejercía su profesión en dos entidades: primero atendió al enfermo en el quinto piso de la Clínica de Occidente, conoció su estado y su profesión, y luego llegó a su segundo trabajo en el Centro Médico Imbanaco, donde les contó a sus compañeros los detalles del caso.

— Nadie quería ir a la casa de alguien con sida, pagaran lo que pagaran. A los infectados los trataban como a los leprosos de la antigüedad, los mandaban a las habitaciones más lejanas de los hospitales y les prestaban los peores servicios.

Luis se altera, es visible la molestia que le produce recordar esas escenas, pierde la voz. Sin embargo, él sabe que es importante hablar de esas situaciones y reconocer que fue una época en la que se cometieron muchísimos errores, ya sea por homofobia, desinformación o miedo. Por su parte, en las tres situaciones —con el médico del HUV, con la mamá del enfermo y con la enfermera— acudió a la queja por escrito para denunciar esos casos de discriminación.

A pesar de los interrogantes que rondaban a la enfermedad, él sentía que su tarea misional era más grande. Y claro, ser gay y ver que el sida estaba matando por montones a individuos del grupo social al que pertenece, le generó una mayor preocupación, traducida en ese deseo de ayudar. Pronto fue tomando reconocimiento como uno de los pocos profesionales en la ciudad de Cali, realmente comprometido en tratar la epidemia.

Proyecto Vihda

Un domingo de 1988, en pleno *paseo de olla* en el río Pance —ese plan tan típico para los caleños— Luis se encontró con un amigo al que le decían “La Gladys”. Él iba acompañado de varias personas; a ese grupo lo llamaban *Las 40* y uno de sus integrantes era Fernando Rocha. “La Gladys” presentó a Luis con Fernando —uno enfermero y el otro médico general—. Seguro supuso que tendrían muchas cosas en común de qué hablar. Y no se equivocó. Ese día, en medio del olor a sancocho de gallina y con el sonido del agua de río corriendo entre las piedras, el médico aprovechó para comentarle al enfermero sobre su preocupación por el incremento de casos de VIH entre su círculo de amigos, entre *Las 40*. Hablaron del mal trato en centros hospitalarios y de la precaria información que existía sobre la enfermedad. Ese día no resolvieron la problemática, pero se hicieron amigos.

Al poco tiempo, “Fernando me llamó a mí y al psicólogo Diego Correa”, relata Luis. Diego por esa época trabajaba en el HUV y manejaba a un grupo terapéutico de hombres gais diagnosticados con VIH. La idea era “ver si podíamos realizar, montar o construir una fundación que tuviera esas características: que la gente pudiera asistir y sentirse libre de expresar sus necesidades”, concluye.

Trabajaron durante un mes en darle forma a unos estatutos institucionales para que se ajustaran a la epidemia de VIH en Cali. Se basaron en la experiencia de una fundación en la ciudad de Medellín llamada La Trenza, que llevaba algunos meses atendiendo a pacientes diagnosticados. Después de varias lluvias de ideas, y de muchos días echándole cabeza, la llamaron Fundación Proyecto Vihda.

Proyecto Vihda nació oficialmente como fundación en el año de 1991, con la misión de brindar apoyo a los infectados por el VIH y a sus familias. Primero fueron una asociación y colaboraron alrededor de cincuenta amigos —muchos del grupo *Las 40*— para registrarse como una ONG ante la Cámara de Comercio de Cali. Eran médicos, enfermeros, psicólogos, arquitectos, oficinistas, mensajeros, homosexuales y heterosexuales que tenían el ánimo de apoyar, pero no todos participaron de manera activa en los proyectos de la fundación. Al final el grupo se decantó y quedaron catorce personas.

—Teníamos dos actividades —cuenta Luis—. La primera era el grupo de apoyo, donde hacíamos reuniones de junta directiva cada quince días; y luego, con el tiempo, como al año y medio más o menos, que empezó a llegarnos más gente portadora de VIH, sacamos el grupo de auto-apoyo, exclusivamente para personas diagnosticadas.

Los atendíamos los miércoles en la noche, más o menos de siete a nueve.

Las personas que llegaban a Proyecto Vihda eran remitidas desde el Hospital Universitario del Valle, en donde era ampliamente conocido el proceso que Luis y Diego lideraban; también estaban los integrantes de *Las 40* —todos homosexuales— que participaban como pacientes o como emisarios invitando a personas diagnosticadas a hacer parte del proceso; y por último, las personas que se acercaban luego de las charlas que la fundación realizaba en distintos lugares de la ciudad.

El grupo de apoyo lo constituían los profesionales y las personas que se encargaban de ofrecer charlas informativas a la ciudadanía. El grupo de auto-apoyo se quedaba en el interior de la fundación; estaba integrado por personas con diagnóstico positivo y recibían capacitación para superar las dificultades físicas, psicológicas y familiares, generadas por la enfermedad. Ese segundo grupo tuvo mucha aceptación: empezaron cinco personas y, según Luis, llegaron a participar hasta treinta, entre hombres y mujeres, heterosexuales, bisexuales y homosexuales.

— Nos reuníamos cada ocho días los miércoles y se dictaban charlas diversas para ellos. Lo primero era explicarles qué era VIH y qué era sida: generar conceptos claros para hacer desmitificación. Luego organizábamos talleres de psicología para explicar en qué consistía la muerte y talleres sobre algunas enfermedades para aclarar dudas que ellos tenían. Se buscaba quién era el experto en ese momento, por ejemplo, con referencia a teología, y él les hablaba sobre la muerte.

La lucha de Proyecto Vihda se dividió en dos frentes: respaldar de manera firme y comprometida a los infectados por el virus y hacer pedagogía en escuelas, colegios, universidades, hogares e incluso en bares y discotecas, para derribar los mitos que rodeaban a la enfermedad. Luis y sus compañeros de la fundación fueron a otras ciudades como Armenia, Villeta, Ibagué, Villa de Leyva y Medellín a enseñar cómo se conformaban grupos de auto-apoyo. “La idea era formar personas que fueran capaces de entregar la información en otros grupos poblacionales”, afirma.

—Yo era el único enfermero en Cali que iba, de casa en casa, colocando los líquidos endovenosos, las inyecciones, haciéndoles las curaciones a los pacientes con VIH. Ya había gente con etapa de sida y, sobre todo, los que se infectaron en el extranjero. Aquí no teníamos tanta infección autóctona, pero había mucha gente que venía de afuera infectada. De toda la alta alcurnia que usted quiera y del barrio más pobre también.

Para 1992 los pacientes tenían acceso a la prueba serológica conocida como ELISA, vigente desde 1985 y con una segunda generación en el mercado desde el 87, capaz de

identificar los anticuerpos del VIH. También podían —si contaban con los recursos económicos— comprar alguno de los tres medicamentos retrovirales aprobados hasta ese momento: AZT, didanosina o zalcitabina. Sin embargo, el tratamiento en el país se limitaba a paliar cada una de las enfermedades oportunistas que atacaban al sistema inmune debilitado. Pañitos de agua tibia, porque el VIH seguía destruyendo las células inmunológicas.

En lo que sí resultó altamente efectiva la labor de Luis, fue en demostrarles desde la práctica a los profesionales de enfermería y a los auxiliares, que el virus no se transmitía tan fácil como pensaban. Y como fundación, aprovecharon para organizar campañas y diseñar material informativo.

Primitivo Millán, para la época un joven diseñador gráfico que hacía parte del grupo de *Las 40*, fue el encargado de elaborar los folletos educativos que entregaban en las charlas y las carteleras que Luis se llevaba para exponer la experiencia en otras ciudades. Primo, como le dicen sus amigos, también recibió apoyo de la fundación, pues a los 23 años —en 1989— fue diagnosticado con VIH.

+++

Proyecto Vihda también contaba con la colaboración de los profesionales designados por el Ministerio de Salud para atender los temas relacionados con VIH. Ricardo García Bernal, médico de profesión y uno de los primeros coordinadores de grupos de apoyo del Ministerio, se encargaba de enviarles información actualizada sobre la normatividad vigente y sobre los procesos de atención a pacientes.

En 1994 —un año después de sancionarse la Ley 100 de 1993 que creó el Sistema de Seguridad Social Integral y reunió las normas, entidades y procedimientos a los que pueden acceder los colombianos— García les informó sobre la publicación de la Resolución 5261 que establece el Manual de Actividades, Intervenciones y Procedimientos del Plan Obligatorio de Salud, y en donde se definen varios aspectos con relación al VIH: primero, incluye las pruebas serológicas y confirmatorias de la enfermedad como procedimientos de laboratorio clínico; segundo, clasifica el manejo de los pacientes infectados por VIH como una patología catastrófica; y en tercer lugar, determina la obligatoriedad de una Guía de Atención Integral para la enfermedad.

Esas guías se establecieron no sólo para el VIH. También para las principales enfermedades y debían “contener sin excepción actividades de promoción y fomento de la salud, prevención, diagnóstico, tratamiento y rehabilitación” (Resolución 5261:

1991, artículo 60.). Se puede decir que a partir de dicha Resolución, se empezó a establecer una hoja de ruta en la elaboración de un protocolo de atención para el manejo del VIH.

— Ha sido una lucha muy grande. Al comienzo fue muy crítico porque la Nación no daba apoyo para eso. Las EPS [creadas a partir de la Ley 100] se formaron más por criterio económico, pero ninguna de ellas tiene, inclusive ahora, grupos de apoyo y auto-apoyo.

A pesar de batallar en contra de la desinformación, de los mitos sobre la transmisión del VIH y la discriminación, aún falta mucho por hacer. Según Luis, en las EPS no hacen un trabajo efectivo, por ejemplo, en la consejería previa ni posterior a la realización de la prueba, conducto regular que las instituciones hospitalarias deben seguir con los pacientes infectados por el virus, como quedó establecido en el Decreto 1543 de 1997, que reglamenta el manejo del VIH, del sida y de las otras ETS.

Entre sus lineamientos, el Decreto determina que debe haber consejería (art. 2), obligatoriedad en la atención (art. 8), la reserva o confidencialidad por parte del profesional de la salud (art. 32), revelación del secreto profesional por razones sanitarias a determinados actores sociales previamente establecidos (art. 34), consentimiento informado previo a una prueba de laboratorio (art. 37) y el deber del individuo de no infectar (art. 41).

En la misma época empezaron a llegar al país los primeros Tratamientos Antirretrovirales de Gran Actividad o TARGA, que luego se popularizaron bajo el sobrenombre de “cócteles”. Los cócteles son capaces de inhibir varias enzimas del virus y detener la infección de nuevas células hasta llegar a nivel muy bajos de carga viral.

+++

La sede de la fundación estaba ubicada en el barrio Las Delicias, por la carrera 4 con calle 36. Alquilaban un apartamento que pagaban con el dinero recogido de una chocolateada, una rifa y una rumba anual que hacían en la discoteca Romanos (uno de los lugares más populares en la década de los 90, que abrió sus puertas luego de la debacle de Centro 14-65). También organizaban festivales en el barrio El Templete y reunían dinero que se destinaba a la compra de los retrovirales que debían traer desde Estados Unidos.

— El dueño de Romanos —recuerda Luis— se llamaba José Morales y nos prestaba

la discoteca para esa noche, nos cobraba el precio del licor y todo lo demás a costo de estanco y las ganancias quedaban para la fundación.

La labor fue ardua y exigía de sus líderes mucha dedicación, esfuerzo y hasta dinero. Pero como todo en la vida, el proceso llegó a su fin en 2003, al menos para Luis y Diego: ambos tenían muchos compromisos por atender y delegaron el liderazgo de la fundación a otras personas que, poco a poco, fueron dejándola caer. Sin embargo, la despedida de Luis fue especial, porque organizó una última chocolateada ese mismo año, apoyado por la señora Mery de Sierra, quien le prestó las instalaciones de la Fundación del Artista Colombiano. El gran premio para esa ocasión fue un viaje con todos los gastos pagos.

Después de casi quince años, Proyecto Vihda cerró sus puertas en 2005.

La fundación es historia, pero Luis Hernán Domínguez continúa su vocación de servicio —en el Hospital Universitario como enfermero y en la Universidad del Valle como docente—, ésa que lo mantiene despierto y lo llena de satisfacciones.

El día de nuestro encuentro, al remover todos esos recuerdos, se quitó las gafas y secó las lágrimas que brotaron de sus ojos achinados. Aquellos años fueron una experiencia de compensación que le permitió llenar de fortaleza a un sinnúmero de personas para enfrentar una enfermedad que ataca al organismo a través de los virus, pero que también quebranta el alma porque no genera compasión en los otros sino rechazo, en buena medida, por el estigma que arrastra desde su origen.

No dejarse morir de miedo

Han pasado un par de minutos desde que el reloj marcó las 10 de la mañana. Golpeo con fuerza la puerta gris que da entrada a la casa con placa 12C-27 en el barrio Villacolombia, pero no atienden a mi llamado. Empiezo a preocuparme porque al interior del lugar parece que no habitara nadie, la ventana está cerrada y una gruesa cortina se interpone entre el cristal y el interior de la vivienda. De repente aparece sobre la acera un señor de unos 50 años de edad, pelo cano, fornido y un poco malencarado. Me pregunta a quién necesito y le respondo que estoy buscando a Primitivo Millán para hacerle una entrevista; el sujeto abre la puerta —la deja entreabierta— y desaparece en el fondo del pasillo.

A los pocos segundos se asoma Primitivo, me saluda y me invita a pasar a la sala, mientras camina despacio guiado por sus manos que se adelantan al paso en busca de cualquier objeto o pared que pueda cruzarse en el camino. Lleva puesta una camisa azul, pantaloneta deportiva y chancas. Su estatura ronda el metro setenta de altura, tiene abundante cabello negro, liso, y algunos kilos de más. Es la primera vez que esos grandes lentes oscuros no lo acompañan. Puedo ver sus ojos y por momentos siento que estoy frente a otra persona. Primitivo está totalmente ciego, es activista LGBT y hace parte de la fundación Tacto, que acoge a personas con discapacidades visuales y trabaja por el reconocimiento de sus derechos.

En 1995 empezó a perder la visión como consecuencia del citomegalovirus, un género de herpes que se transmite a través de los líquidos corporales. En la mayoría de los casos es asintomático y no requiere tratamiento; sin embargo, el virus puede ocasionar complicaciones severas en personas con sistemas inmunes débiles. Primitivo, seis años antes de ese herpes, fue diagnosticado positivo para VIH.

+++

Alrededor de la sala cuelgan unas telas que parecen de yanchama —esa fibra natural que usan los indígenas Tikuna para elaborar sus trajes ceremoniales— sobre las que se dibujan figuras abstractas de colores rojos, marrones y negros. Seguro las pintó él —pienso—. Primitivo no ha dejado de ser artista: pinta, diseña joyas, crea figuras en origami. Tiene 52 años y a los 23 recibió el diagnóstico de VIH. En esa época era estudiante de Diseño Gráfico en Bellas Artes.

Tomo asiento y él cierra la puerta. El lugar se torna oscuro. Percibo la voz de

una mujer y el ruido de una olla a presión desde el fondo de la casa. Aunque estamos en la sala, me siento en el cuarto de San Alejo. Todo alrededor me resulta inerte: como si cada objeto acumulara décadas en esa misma posición, como si nadie se sentara en los muebles a tomarse un café y a conversar, como si el sol llevara años sin lograr atravesar la gruesa cortina que oculta el cristal, como si los muebles, las telas con pintura, la mesita de centro, las porcelanas —todas esas piezas inanimadas— estuvieran más muertas que nunca. Primitivo se sienta frente a mí y yo me ubico más cerca, estoy usando como grabadora mi celular y quiero lograr el mejor sonido.

— *¿Cuál cree que fue la situación de riesgo que lo llevó a contraer la enfermedad?*, le pregunto. Titubea un poco.

— Ese resultado es consecuencia de tener fe en lo que uno llama pareja estable, porque yo vine acá luego de vivir en Manizales y conseguí un compañero, supuestamente para huir de esa situación. A uno le venden la idea de que allí no va a pasar absolutamente nada. Y resulta que esa persona ya tenía el diagnóstico y él no se daba cuenta.

Cuando le hablan a uno de prevención en cuanto a la transmisión del VIH, ésta es una de las supuestas formas de prevenirse. Todavía lo negocian en este momento. Se habla de muchas cosas: uno, el manejo del condón; otro, que tenga usted una pareja estable; otro, que sea abstinente. Es la forma de prevención en la que más de uno piensa y en la que más de uno se ha confiado. Entonces ha pasado que la otra persona no sabe, no siempre sabe. Puede que haya gente que sí, pero es más la que no sabe. Y más en esas épocas que el estigma era más complicado.

Me identifico completamente con lo que dice. Antes de hacer la siguiente pregunta, siento la necesidad de comentarle a Primitivo mi experiencia más reciente en el servicio médico de la Universidad del Valle —mi alma máter— cuando pedí una prueba de VIH. Le cuento que el médico y la enfermera jefe que me asistieron en ese procedimiento hicieron varios comentarios sobre la importancia de la pareja estable.

El médico, francamente preocupado por los costos que representa para la universidad y para el sistema de salud colombiano la realización del examen y el tratamiento —en un eventual diagnóstico positivo— me sugirió que procurara tener una sola pareja, siempre usara condón y no olvidara las recomendaciones que me daba en esa asesoría. En palabras del galeno: “usted no aprendió nada”, señalando como un fracaso el hecho de que yo estuviera nuevamente allí. ¿Asesoría? —pensé— Si lo que ha hecho este tipo es tratarme mal y cuestionar que haya regresado un año después a solicitar la misma prueba. Al parecer olvidó o desconoce o quiere hacerse el

desentendido, sobre la obligatoriedad que le asiste a todas las entidades prestadoras de servicios de salud para facilitar el examen —por lo menos dos veces al año— y que, vale la pena recalcar, está incluido en el Plan Obligatorio de Salud (POS). Además Profamilia, una institución especializada en salud sexual y reproductiva, anota en su sitio web que “la frecuencia recomendada para realizar la prueba es cada cuatro meses”. Descontento y luego de hacerle saber que su actitud era una mala práctica médica, cerré la puerta con fuerza: no quería estar más tiempo en ese lugar.

De la enfermera no le dije mucho, sólo que ella se encargó de explicarme —dos semanas después, con los resultados del examen en sus manos— que tener más de cuatro parejas sexuales en un año se define, según la Organización Mundial de la Salud (OMS), como promiscuidad sexual. Yo era un promiscuo (de hecho, sigo siéndolo). Pensé: ¿me preocupo por mi salud sexual y de manera voluntaria mantengo un control sobre mi estatus de VIH?, sí. ¿En esta ocasión el resultado dio negativo para VIH?, sí. ¿Eso importa?, no. Lo importante allí era mi incapacidad de mantener una pareja estable. ¡Promiscuo, promiscuo, promiscuo!

Fue liberador hablarle de eso, así a Primitivo mi confesión no lo haya tomado por sorpresa. Está acostumbrado a esos escenarios. Mejor que nadie sabe que todavía falta recorrer un largo camino para sensibilizar a la población: desde el personal de salud hasta el ciudadano de a pie, en procura de acabar con el estigma.

— Yo he venido trabajando desde esas épocas, desde el 91 básicamente —me cuenta—. A mí me gusta más, antes que hablar de *pareja estable* de *pareja responsable*, ¿no? Más bien de eso. Porque pues, de todas maneras, si tú tienes a una persona con un diagnóstico positivo eso no significa que te lo vaya a transmitir. Y menos ahora con las investigaciones que ya se sabe, por lo menos, que una persona estando indetectable no transmite el virus a través del semen. Así usted tenga múltiples parejas sexuales, simplemente haga buen uso del condón. Pienso que el condón sí es una buena barrera, es la mejor solución que hay frente a eso.

+++

A diferencia de ahora, las personas infectadas con VIH en Colombia durante la década de los ochenta debían esperar hasta que se produjera algún síntoma asociado con la enfermedad. No existía un protocolo de prevención y mucho menos tratamiento para el virus.

Le pregunto si recuerda esa alerta que le envió su cuerpo y que lo hizo sospechar.

“Emmm”, es el sonido que Primitivo siempre hace mientras organiza los recuerdos en su mente. Todo empieza por identificar al vector —su pareja en esa época— y responde.

— Yo comencé mi relación en el 87. En el 88 me salió un herpes zóster en el dedo gordo de la mano, también en el antebrazo y en el hombro. En ese momento pertenecía a un grupo que se llamaba *Las 40*, integrado por parejas de buen nivel académico y económico, no multimillonarios, pero gente bien económicamente la mayoría. Allí había un médico, fui a donde él y me dijo: “ve, deberías hacerte la prueba de VIH”. “Yo qué voy andar teniendo eso”, le respondí.

A pesar de los síntomas, decidió dejar pasar un tiempo y no fue sino hasta octubre de 1989 cuando enfrentó su realidad. Sentía temor, mucho miedo. Sí. Pero él ya había allanado el terreno: su amigo —léase, pareja— ese mismo año presentó mareos y una alarmante pérdida de peso en tan sólo seis meses. De ese hombre mayor de 40 años, corpulento, muy masculino, de 1,75 de estatura, que trabajaba como capitán de meseros en un hotel cinco estrellas de Cali, no quedaba ni la sombra. Primitivo lo ayudó y lo acompañó. Incluso estuvo allí cuando le dieron el diagnóstico real. Se hizo fuerte, pero también se hizo a la idea. “Mire, usted, necesito que se haga esta prueba”, le dijo su amigo.

A principios de octubre remitieron a Primitivo desde el Seguro Social a la oficina 20/40 del Hospital Universitario del Valle (HUV). En la 20/40 se encargaban de atender los casos relacionados con VIH. Allí le tomaron una muestra de sangre para realizar una prueba diagnóstica utilizando el método de la inmunoabsorción ligado a enzimas, ELISA (por sus siglas en inglés). Más o menos 15 días después, el 17 de ese mes, llegó el resultado.

+++

En 1985 la Agencia para la Administración de Alimentos y Medicamentos (FDA) de Estados Unidos, autorizó los primeros ensayos para la detección de los anticuerpos del VIH. A finales de ese mismo año se dispuso de una prueba serológica, a través del método ELISA, para realizar dicho procedimiento. Esa primera generación tenía varios inconvenientes: identificaba una cantidad limitada de anticuerpos, su especificidad era relativamente baja (95-98%) y hallaba la presencia del virus, siempre y cuando hubiera pasado un tiempo —conocido como *período silente*, en el que los anticuerpos son indetectables— superior a tres meses después de la situación de riesgo.

Para 1987 llegó la segunda generación, en 1994 la tercera, y ya en el primer año del nuevo siglo el mundo tuvo a disposición la cuarta generación de ELISA para VIH: una prueba capaz de detectar los anticuerpos específicos del VIH-1 (descubierto en la década de 1980 y causante de la pandemia por ser más virulento e infeccioso) y del VIH-2 (menos infeccioso y endémico de África Occidental), más el antígeno p24 (cuyos niveles en sangre se elevan cuando inicia la infección por VIH). Además, el *período silente* se redujo a seis semanas —la mitad del tiempo de su antecesora de 1994— y su rango de sensibilidad y especificidad aumentó al 99,78% en resultados negativos. Sin embargo, siempre que el resultado sea positivo, se debe realizar una prueba confirmatoria llamada Western blot.

Primitivo me dice que en esa época no existía el Western blot. Y tiene razón, porque fue hasta 1994 cuando se expidió la *Resolución 5261* que en su *artículo 74* fijó dentro de las actividades y procedimientos de laboratorio clínico, pruebas como ELISA, Western blot y otras. Además, en el *artículo 117*, catalogó como una patología de tipo catastrófico el manejo de pacientes infectados por VIH.

+++

La oficina 20/40, años más tarde pasó a ser el Programa Vida del HUV, especializado en atender a pacientes y familias que conviven con el VIH. Primitivo recuerda que aquel 17 de octubre fue atendido por una trabajadora social y una enfermera. Ambas se portaron muy bien con él.

— Ya se conocía cómo se transmitía el virus —me aclara— y pues había pasado en cierta medida esa problemática, pero se tenía todavía mucho temor.

— *¿Se podría decir que para 1989 existía un protocolo de atención?*

— No tan completo como existe ahorita, pero sí existía un interés. Por lo menos, lo que se quería era conocer y que la gente tuviera acceso a una prueba. Lo que sí se sabía era que uno iba al infectólogo directamente.

La trabajadora social hacía una asesoría, pero como te digo, todavía no se conocía como asesoría pre-test o pos-test. A mí no me remitieron a ningún psicólogo ni nada. O sea, no estaba la estructura de lo que le llaman en salud, el equipo interdisciplinario. Por lo menos en el 89 no existía como tal eso de los protocolos, aunque la investigación y los avances en la atención en VIH han sido mucho más rápidos, a pesar de todo, que otras enfermedades. Eso fue así —chasquea los dedos—.

+++

En febrero de 1990 su amigo —su pareja— murió. El señalamiento público no se hizo esperar. En los bares —lugares que adoraba frecuentar Primitivo— le preguntaban: “¿verdad que éste tal?”, “¿verdad que fulano se murió de tal cosa?”. Y él: “no, no, no”. “Eso era la negación allá en esos bares”, explica.

La rumba fue una de sus rutas de escape. También los amigos, que nunca lo han dejado solo. Su verdad se hacía tan grande como el sol y era imposible ocultarla con un dedo, pero Primitivo no estaba dispuesto a dejarse vencer por el miedo ni por el estigma.

— No fue fácil, pero de todas maneras muchos amigos ya tenían el diagnóstico y eso también creo que me sirvió. Por lo menos le dije al médico [de *Las 40*] y ya él me ayudó. Cuando lo hablé en el grupo, había dos personas allí con el diagnóstico y yo no sabía.

Las 40 fue un grupo de hombres gais que se reunían en apartamentos, hacían fiestas, organizaban paseos a fincas, entre otras actividades. Su relevancia radica en el tipo de personas que lo conformaban: profesionales de distintas áreas entre los que se destacaron el médico Fernando Rocha y el enfermero Luis Hernán Domínguez. De ese grupo nació la idea de constituir la primera fundación en Cali que trabajó con pacientes diagnosticados con VIH o en etapa de sida (el sida es la última fase del VIH, donde el cuerpo presenta mayor concentración del virus y una disminución de las células CD4 que hacen parte del sistema inmunitario y se encargan de combatir las infecciones). En el año de 1991 empezó labores Proyecto Vihda.

Uno de los primeros profesionales que se unió al equipo de trabajo fue Diego Correa, psicólogo que atendió en varias oportunidades a Primitivo. Él no hizo parte de *Las 40* en la época de los paseos, las reuniones y la rumba, pero fue invitado por Fernando para que prestara sus servicios en la fundación. Primitivo recuerda que la primera reunión se hizo en el apartamento de un amigo donde solían encontrarse y donde se originó todo. Se repartieron tareas. Orgulloso me dice: “yo diseñé el logo de Proyecto Vihda”.

— Como no había medicamentos ni nada —explica— era más un apoyo, un taller. Imagínate que, por lo menos, algo que no se volvió a dar eran los talleres de tanatología. Se hablaba mucho de la muerte. También había atención psicológica. Se iba haciendo énfasis en el trabajo social con la familia, el trabajo psicológico con la persona, ese tipo de cosas. Porque, pues no había más de qué echar mano.

Trabajar en la fundación, conocer a otras personas con el mismo diagnóstico, crear lazos fraternos para abrazar a esos seres humanos que en un sinnúmero de ocasiones morían dos veces: la primera vez, de miedo y de vergüenza por causa del estigma, y la segunda en la etapa de sida, afincó en Primitivo una fortaleza que le permitió vivir sin mayores sobresaltos varios años. Sin embargo, en el transcurso de 1995 su cuerpo empezó a enfermar. El virus le estaba recordando que seguía ahí y que jamás se iría.

— *¿De qué se enfermó?*

— Comencé a bajar de peso, me dio citomegalovirus que fue lo que me dejó ciego. Pero primero quedé con baja visión. Pensé que me iba a morir. Eso fue en el 95.

Fue capaz de esquivar desde 1989 hasta 1995 una conversación ineludible: revelarle a su familia que llevaba seis años sobreviviendo a la enfermedad. Dado su estado de salud, no tuvo de otra que dejar salir a la luz su verdad. Nuevamente, el dedo fue incapaz de tapar con su frágil yema al imponente sol.

— *¿Cómo tomaron ellos la noticia?*

— No hubo discriminación. No, no, no.

Puede ser que al ver su estado de fragilidad, la familia de Primitivo haya tomado una actitud compasiva y de resignación. También puede tratarse de un grupo de personas con pensamiento progresista que no se dejaron llevar por el temor colectivo. No lo sé. En las dos oportunidades que le he preguntado por su familia, él atina a bajar mucho la voz —como si me fuera a contar un secreto al oído— y da respuestas muy cortas. Al parecer, ese tema aún remueve hondas sensibilidades.

— *¿Qué tratamiento siguió para combatir el citomegalovirus?*, pregunto con ánimo de romper la tensión.

— Yo mantenía dormido porque me aplicaban un medicamento para los ojos y eso era una cosa espantosa. Imagínate que me tocaba ir a que me aplicaran el tratamiento inicial, durante casi un mes. Todos los días tenía que ir por tres horas, como una diálisis. Eso vendían la caja de inyecciones para los 21 días.

Todo el 96 para mí fue sino clínica, clínica, tratamiento, clínica. Llegué a pesar 48 kilos y sentía que el pelo se me reventaba, se me puso como medio rubio, como cuando uno se quema por el sol.

— *¿Qué cree que desencadenó esa baja en su salud?*

— Pues no sé. Lo que pasa es que, como el virus va acabando con el sistema defensivo, llega un momento en el que el cuerpo ya no soporta.

+++

Tres años antes de que Primitivo recibiera su diagnóstico como VIH positivo —es decir, en 1986— la comunidad científica había avanzado lo suficiente para saber cómo se reproducía el virus en las células humanas: el VIH es un retrovirus, o sea, utiliza el ácido ribonucleico (ARN) como su material genético; al infectar una célula, el retrovirus está obligado a usar una enzima conocida como *transcriptasa inversa* para convertir su ARN en ácido desoxirribonucleico (ADN) —el material genético de las células humanas— y así multiplicarse. Recordemos que, entre más alta sea la carga viral del VIH, disminuyen las células CD4 responsables de atacar las infecciones y el sistema inmune se debilita; por esa razón, se hacía necesario un medicamento capaz de inhibir la *transcriptasa inversa* para evitar que el virus siguiera replicándose en el cuerpo.

A finales de ese mismo año, científicos del Instituto Nacional del Cáncer (NCI) en Estados Unidos junto a sus pares de la compañía farmacéutica Burroughs Wellcome —hoy conocida como GlaxoSmithKline— dieron a conocer los resultados de un ensayo clínico que durante seis meses se realizó en pacientes con sida. Al primer grupo se le suministró una sustancia placebo mientras que el segundo grupo recibió altas dosis de AZT. En el primero se registraron 19 muertes y en el segundo sólo una.

En un tiempo considerado récord —20 de marzo de 1987— la FDA aprobó el uso del primer fármaco para el tratamiento de pacientes con sida: el AZT, zidovudina o Retrovir, concebido para tratar enfermedades oncológicas y cuyo origen se remonta a 1964. A pesar de contar con el visto bueno de la FDA, su alta toxicidad provocó una ola de escepticismo entre los enfermos estadounidenses; algunos, incluso teniendo acceso al fármaco, prefirieron no tomarlo. En lo que sí resultó altamente efectivo el AZT, fue en movilizar a varios grupos de activistas hasta lograr una victoria importante: en 1988 la FDA cambió su normatividad con el objetivo de acelerar el desarrollo y la aprobación de nuevos medicamentos.

En Colombia el panorama era distinto. El tratamiento consistía en suministrar paliativos para controlar los síntomas de las enfermedades que presentara el portador del virus, pero el VIH seguía reproduciéndose en el cuerpo de esa persona hasta avanzar a la etapa sida. Sumado a eso, el sistema de salud colombiano no existía como se conoce hoy, porque el Estado se encargaba de manejar los recursos y la cobertura era realmente baja. Además, la atención estaba segmentada en tres grandes sectores: la medicina prepagada, para las personas con recursos económicos suficientes para

costearla; el Seguro Social, al que lograban acceder los colombianos de clase media; y la red de hospitales públicos, para la población más pobre del país.

Ante la imposibilidad de que el Estado se encargara de traer los medicamentos más avanzados para el control del virus, en la fundación Proyecto Vihda —desde su origen en 1991— se organizaron actividades como rifas o kermés para reunir fondos y comprar en el exterior fármacos como el AZT. “¡Una caja valía un millón de pesos!”, dice Primitivo.

Rápidamente el mundo pasó de las monoterapias con alguno de los tres retrovirales usados en 1991 (AZT, didanosina o ddl y zalcitabina o ddC) a combinar —en 1992— dos de esos tres fármacos como parte de un tratamiento conocido como biterapia, con la esperanza de que resultara menos tóxico y más efectivo. Lo cierto es que los beneficios para los portadores de la enfermedad, después de seguir alguna de las dos terapias, seguían siendo limitados.

En 1993 se realizó la IX Conferencia Internacional del SIDA que tuvo lugar en Berlín (Alemania). Aquel evento concluyó con un panorama de escepticismo y frustración. Nuevamente la movilización de los sectores sociales LGBT fue determinante para que las investigaciones y el desarrollo de medicamentos avanzaran más rápido. A esa presión se sumaban informes de expertos en Salud Pública que alertaban sobre la velocidad a la que el virus se expandía por el mundo.

— La comunidad gay [en Estados Unidos] se fortaleció más —explica Primitivo—. Venía unida por los problemas de los 60 [lease: disturbios en Stonewall In]. Y exigieron que parte de los impuestos que ellos pagan, que esa conciencia no la tenemos nosotros, se destinara para la investigación del VIH.

Una nueva conferencia se organizó en Vancouver (Canadá) en el año de 1996, pero esta vez fue diferente. Allí se presentaron los resultados positivos de lo que se denominó *Tratamientos Antirretrovirales de Gran Actividad* o TARGA: combinaciones de medicamentos —también conocidas como cócteles— que incluían a los ya conocidos inhibidores de la *transcriptasa inversa* junto con nuevos fármacos encargados de atacar otras enzimas del Virus de Inmunodeficiencia Humana, como la *proteasa*.

Primitivo no ha estudiado mesa y bar, pero se volvió un experto coctelero. En 1996 pasó de los medicamentos profilácticos —o sea, los que protegen de las enfermedades asociadas al VIH— que le mandaba el Seguro Social, a tomar retrovirales.

— Me la pasaba tomando fluconazol para los hongos criptococo y bactrim para evitar la neumonía. En el 97 comencé a tomar los retrovirales en cócteles, por eso

tengo claras las fechas. Porque los cócteles en Estados Unidos comenzaron en el 96 y aquí sí entraron ya fuertemente en el 97.

— *¿Qué medicamentos retrovirales empezó a tomar?*

— De los retrovirales estaba en furor el Norvir, que eran tres dosis al día, doce pastillas. Entonces, como eran cócteles, tomaba didanosina y tomaba AZT.

Los “cócteles” han permitido a los enfermos restablecer su sistema inmune, pues logran suprimir la multiplicación del virus. No consiguen eliminarlo por completo del cuerpo, pero lo neutralizan para que la enfermedad no avance a la etapa de sida. Sin embargo, iniciaron como terapias agresivas que se debían tomar tres o más veces al día, presentaban un alto nivel de toxicidad y afectaciones a órganos como el hígado, el corazón o los riñones, así como complicaciones que afectaban la salud emocional de las personas, por ejemplo la lipodistrofia que es una distribución anormal de la grasa en el cuerpo.

+++

La luz de sus ojos, de a poco, se estaba apagando. Grandes cambios se asomaban en la vida de Primitivo. Corría el año de 1998, su salud había mejorado notablemente y, aún cuando la baja visión lo llevó a replantearse su trabajo como diseñador gráfico, siguió creando, esta vez en la fundación Derecho a Ser Felices.

— En un año me puse ya bien. Entonces creaba todo lo de la fundación con apoyo de los diseñadores donde se mandaban a hacer las cosas. Ellos se sentaban conmigo.

— *¿Cómo siente que cambió su vida a partir del diagnóstico y de la pérdida de la visión?*

— Pienso que ha cambiado hasta este momento porque yo vivo el día a día. La proyección que yo pensaba tener se vino al piso. En este momento a mí no me interesa acumular cosas, porque pues yo digo: ¿para qué acumula uno?

El seguir estudiando fue una de las cosas que ahora, en esta época, estando viejito, es que me han dado ganas. Quisiera estudiar sociología. Yo he sido artista antes que todo, pero cuando me quedé con la baja visión dije: “hasta aquí llegó el diseñador”.

Las relaciones afectivas también han sido empresas difíciles de sacar a flote para Primitivo. Desde los 90 no volvió a tener pareja. Es comprensible. Una gran porción de hombres homosexuales establecen los mismos patrones de belleza del mundo

occidental a la hora de buscar pareja, en gran parte, motivados por las industrias culturales que se han encargado de vender la imagen del hombre homosexual ideal: joven, atractivo, musculoso y masculino. Parámetros en los que no encajamos la mayoría, pero a los que aspiramos la mayoría.

Del rechazo de los hombres homosexuales pasó a navegar en aguas desconocidas, lo que le llevó a establecer encuentros sexuales con hombres que tienen sexo con otros hombres y con hombres bisexuales. Con ellos ha aprendido a crear lazos de amistad. Con ellos no se siente interrogado, no hay preguntas demasiado íntimas.

— Corté con el tema de la relación de pareja porque para mí es más fácil tener relaciones con manes que no me ofrezcan ese tipo de cosas, porque yo sé lo que significa. O sea, yo digo, para tener una pareja gay, él debe o saber o tener el diagnóstico.

— *¿Hasta ahora no ha pasado que conozca a un hombre homosexual con el que se proyecte en una relación de pareja?*

— No ha pasado porque los que conozco no tienen el diagnóstico y yo sé que si les digo ahí mismo salen corriendo. O sea, tiene que ser alguien demasiado especial que me acepte con mi diagnóstico y que me acepte con mi discapacidad visual. Y eso, desafortunadamente, no es fácil que la gente lo acepte. En cambio en el nicho de los bisexuales o de los hombres que tienen sexo con hombres, encuentro más oportunidad. Primero, porque no me van a pedir que les diga el diagnóstico, porque ellos no me van a decir “cásate conmigo”; y segundo, porque ellos no son tan estéticos, lo que les interesa es el sexo: el pene, el trasero y nada más.

Aunque suena un poco crudo su relato, a Primitivo la vida le ha enseñado que las cosas no siempre se presentan en blanco o negro. Hay matices. Y dentro de sus encuentros sexuales con esos hombres que no lo cuestionan, pero que tampoco le ofrecen afecto, se ha descubierto en relaciones de larga duración. Con uno de ellos tuvo encuentros frecuentes desde el 2002 hasta 2017; con otro, al que todos le daban el título de su novio —por el afecto que Primitivo le profesaba— lo conoció de 24 años y permanecieron juntos hasta que él cumplió 36.

— Yo les digo a mis amigos que tengo múltiples parejas estables y les da risa y dicen: “engañate vos mismo”. Y yo les digo que no me estoy engañando porque son estables. La gente no entiende una cosa: para un ciego el contacto comienza desde la voz, que es un elemento fundamental en su parte afectiva. Luego viene ya la parte física, que no es tan válida o tan fuerte como en la gente que ve. Por eso es que hay gente que le dice a uno: “¿esa ciega se comió a ese man!? Donde esa ciega vea echa

ese mismo día a la pareja”. Porque esas parejas se han construido desde otras cosas: desde lo afectivo, desde lo que me oferta como persona y desde la parte auditiva. Para mí la parte auditiva es primordial, eso sí lo tengo claro.

¿Por qué funcionan mucho en Estados Unidos los sitios donde solamente está el hueco y la gente mete el pene por ahí? Y puede ser una chica trans que meta la polla. Porque usted no ve el resto, ve lo que le interesa.

Son más de las 12 del medio día y damos por terminada la entrevista. Me despido de Primitivo en la entrada de la casa, pero antes de que cierre la puerta, caigo en la cuenta de que el sonido de la olla a presión se transformó en el olor a un succulento sancocho.

Ahora el que se descubre azuzando sus otros sentidos soy yo.

Bibliografía

- Albarracín, M. (2015). *La despenalización de los actos homosexuales en Colombia: un cambio legal desde arriba* [en línea]. Disponible en: <https://drive.google.com/file/d/0B7ucm-hKL9pCNDlUTk9RbjlCUW8/view>
- Altman, L. (1981, 03 de julio). Rare cancer seen in 41 homosexuals. *The New York Times* [en línea]. Disponible en: <https://www.nytimes.com/1981/07/03/us/rare-cancer-seen-in-41-homosexuals.html>
- Álvarez-Carrasco, R. (2017). Interpretación de las pruebas usadas para diagnosticar la infección por virus de la inmunodeficiencia humana. *Acta Médica Peruana*. 34 (4), 309-316. Disponible en: <http://www.scielo.org.pe/pdf/amp/v34n4/a09v34n4.pdf>
- Arfuch, L. (2002). *El espacio biográfico. Dilemas de la subjetividad contemporánea*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica de Argentina S.A.
- Basterra, F. (1985). Las víctimas del SIDA, leprosos del siglo XX. *El País España* [en línea]. Disponible en: https://elpais.com/diario/1985/09/12/internacional/495324012_850215.html
- BBCMUNDO.com. (2004). *Argentina: una historia gay*. Disponible en: http://news.bbc.co.uk/hi/spanish/misc/newsid_3916000/3916945.stm
- Bonn. (1984). Sanciones en la RFA contra los enfermos de SIDA que mantengan relaciones sexuales. *El País España* [en línea]. Disponible en: https://elpais.com/diario/1984/11/14/sociedad/469234802_850215.html
- Caballero, A. (2016). La Violencia. *Historia de Colombia y sus oligarquías (1498 - 2017)*. Disponible en: <http://bibliotecanacional.gov.co/es-co/proyectos-digitales/historia-de-colombia/libro/capitulo11.html>
- Caballero, A. (2016). El interminable Frente Nacional. *Historia de Colombia y sus oligarquías (1498 - 2017)*. Disponible en: <http://bibliotecanacional.gov.co/es-co/proyectos-digitales/historia-de-colombia/libro/capitulo12.html>
- Carmona, A.; Caraballo, L. y Sotomayor, A. (1984). Síndrome de Inmunodeficiencia Adquirida. *Acta Médica Colombiana*, 9 (2), 73-76. Disponible en: <http://www.actamedicacolombiana.com/anexo/articulos/02-1984-06.htm>
- Centro Nacional de Memoria Histórica. (2015). *Limpieza social. Una violencia mal nombrada*, Bogotá, CNMH – IEPRI.
- Colectivo León Zuleta. (s.f.). *Historia del movimiento gay en Colombia*. Disponible en: <http://cf.caribeafirmativo.lgbt/todo/ATT1379704196.pdf>
- Congreso de la República de Colombia. (1936, 24 de abril). Ley 95 de 1936 sobre Código Penal. En *Sistema Único de Información Normativa* [en línea].

Disponible en: <http://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?id=1791348>

- Cusi, F. (1984). Penas de cárcel en Australia para los homosexuales que donen sangre. *El País España* [en línea]. Disponible en: https://elpais.com/diario/1984/11/17/sociedad/469494003_850215.html
- De Souza, H. (2005). *Línea del tiempo del SIDA: del primer caso hasta la actualidad*. Disponible en: http://www.sld.cu/galerias/pdf/sitios/bmn/linea_del_tiempo_del_sida__del_primer_caso_hasta_la_actualidad.pdf
- Díaz, E. (2013). El SIDA, o la reinención de la autonomía. En J. De la Torre. *30 años de VIH-SIDA: Balance y nuevas perspectivas de prevención* (pp. 393 - 406). Madrid: Publicaciones de la Universidad Pontificia Comillas.
- EFE. (2014). Primer homosexual reconocido como víctima de conflicto en Colombia. *El Espectador* [en línea]. Disponible en: <https://www.elespectador.com/noticias/nacional/primer-homosexual-reconocido-victima-de-conflicto-colom-articulo-506797>
- Forero, M. (1983, 08 de agosto). El AIDS, enemigo público: una enfermedad incurable que ya llega a Colombia. *El Espectador*, pp. 1A y 9A.
- Fundación para la Investigación y Desarrollo de la Salud y la Seguridad Social. (2005). *Guía para el manejo de VIH / SIDA basada en la evidencia*. Disponible en: http://www.who.int/hiv/pub/guidelines/colombia_art.pdf
- GlaxoSmithKline España. (2008). *Historia del primer antirretroviral contra el VIH*. Disponible en: <https://es.gsk.com/es-es/innovacion-responsable/innovamos/la-historia-del-primer-antirretroviral-contra-el-vih/>
- González, C. y Medellín, M. (2016). El informe que desnuda la “limpieza social” en Colombia. *El Espectador* [en línea]. Disponible en: <https://www.elespectador.com/noticias/judicial/el-informe-desnuda-limpieza-social-colombia-articulo-628092>
- González, J. (2014). *León Zuleta, uno de los pioneros del movimiento LGBT colombiano*. Disponible en: <http://papelesdsx.blogspot.com/2014/03/leon-zuleta-uno-de-los-pioneros-del.html>
- Grupo de trabajo sobre tratamientos del VIH. (2011). *¿Cómo se diagnostica la infección por VIH?* Disponible en: http://gtt-vih.org/aprende/informacion_basica_sobre_el_vih/como_se_diagnostica
- Loiseau, B. (2016). Imágenes que capturan la belleza del ‘cruising’ de los 70. *i-D Vice* [en línea]. Disponible en: <https://i-d.vice.com/es/article/kz8myv/miguel->

angel-rojas-fotografia-cruising

- Márquez, J. (2008). *Ciencia, riesgos colectivos y prensa escrita. El caso del sida en Colombia*. Medellín: La Carreta Editores E.U.
- Martínez, D. (1984, 19 de mayo). Murió primera víctima del AIDS en Colombia. *El Espectador*, pp. 11A.
- Ministerio de Salud y Protección Social de Colombia. (1994, 05 de agosto). Resolución número 5261 de 1994. En *Normativa: Resoluciones* [en línea]. Disponible en: https://www.minsalud.gov.co/Normatividad_Nuevo/RESOLUCI%C3%93N%205261%20DE%201994.pdf
- Ministerio de Salud y Protección Social de Colombia. (1997, 12 de junio). Decreto 1543 de 1997. En *Normativa: Decretos* [en línea]. Disponible en: https://www.minsalud.gov.co/Normatividad_Nuevo/DECRETO%201543%20DE%201997.pdf
- Ministerio de Salud y Protección Social de Colombia. (2012). *Panorama del VIH/SIDA en Colombia, 1983-2010. Un análisis de situación*. Bogotá: Legis S.A.
- ONUSIDA. (1997). *Métodos para las pruebas de VIH*. Disponible en: http://www.unaids.org/sites/default/files/media_asset/testmtu_es_0.pdf
- ONUSIDA. (2017). *Hoja informativa. Últimas estadísticas sobre el estado de la epidemia de sida*. Disponible en: <http://www.unaids.org/es/resources/fact-sheet>
- Organización Mundial de la Salud. (1990). *43a Asamblea Mundial de la Salud*. Disponible en: http://apps.who.int/iris/bitstream/handle/10665/201722/WHA43_1990-REC-1_spa.pdf?sequence=1&isAllowed=y
- Orozco, D. (2018). *El hombre homoerótico y sus lugares de homosocialización en Cali, década de 1980* (Tesis de pregrado). Universidad del Valle, Cali.
- Peña, S. (1983, 19 de abril). El AIDS: la temible “plaga de los homosexuales”. *Cromos*, pp. 28-30.
- Perlongher, N. (2008). *Prosa plebeya: Ensayos 1980-1992* (1a. ed.). Buenos Aires: Colihue.
- Presidencia de la República de Colombia. (1980, 23 de enero). Decreto 100 de 1980 sobre Código Penal. En *Sistema Único de Información Normativa* [en línea]. Disponible en: <http://www.suin-juriscol.gov.co/viewDocument.asp?id=1705120>
- Profamilia. (s.f.). *VIH - SIDA*. Disponible en: <http://profamilia.org.co/inicio/hombre-2/servicio-hombre/vih-sida/>

- Programa Presidencial de Derechos Humanos y DIH. (2006). *Dinámica reciente de la violencia en Cali*. Bogotá: Teck Colors Editores.
- Redacción BBC Mundo. (2015). Muere Robert Spitzer, el psiquiatra que desmintió que la homosexualidad fuera una enfermedad. BBC News [en línea]. Disponible en: https://www.bbc.com/mundo/noticias/2015/12/151228_ciencia_muere_robert_spitzer_psiquiatra_homosexualidad_ch
- Redacción de El País. (2016). Cali, la ciudad con mayor número de homicidios por 'limpieza social'. *El País Cali* [en línea]. Disponible en: <https://www.elpais.com.co/judicial/cali-la-ciudad-con-mayor-numero-de-homicidios-por-limpieza-social.html>
- Roberts, B. (1994). HIV antibody testing methods 1985-1988. *Update on VIH/ AIDS*, 26 (1), 13-14. Disponible en: <https://aaimeicine.org/journal-of-insurance-medicine/jim/1994/026-01-0013.pdf>
- Salazar, N. (1995) *Nictálopes al encuentro de un otro que es un yo, sociografía de los lugares para hombres gay en Cali* (Tesis de pregrado). Universidad del Valle, Cali.
- Sánchez, E. (2010). *Historiografía de textos acerca de la homosexualidad en Colombia* (Tesis de pregrado). Universidad del Valle, Cali.
- Secretaría de Salud Pública Municipal de Cali. (2011). *Análisis de situación de salud (ASIS). Municipio de Santiago de Cali*. Disponible en: http://calisaludable.cali.gov.co/proyectos/Informes_Plan_Territorial_de_Salud_2012/asis_2011_final.pdf
- Secretaría de Salud Pública Municipal de Cali. (2017). *Dimensión sexualidad y derechos sexuales y reproductivos, Programa VIH/SIDA/ITS. Informe gestión 2017*. Disponible en: http://www.cali.gov.co/loader.php?lServicio=Tools2&lTipo=descargas&lFuncion=descargar&idFile=27010&id_comunidad=salud
- Segura, B. (1996). *Juvenal. Sátiras*. Salamanca: EUROPA Artes Gráficas, S. A
- Sentiido. (2011). *Lo que le aportó la Constitución de 1991 a la población LGBT*. Disponible en: <https://sentiido.com/lo-que-le-aporto-la-constitucion-de-1991-a-la-poblacion-lgbt/>
- Serrano, J. (2006). *Otros cuerpos, otras sexualidades*. Bogotá: Instituto Pensar.
- SIDA-AIDS. (s.f.). *¿Qué es el VIH/SIDA?* Disponible en: <http://www.sida-aids.org/informacion/65-que-es-el-vihsida.html?showall=1>
- Soller, K. (2018). Six Times Journalists on the Paper's History of Covering AIDS and

- Gay Issues. *The New York Times Style Magazine* [en línea]. Disponible en: <https://www.nytimes.com/2018/04/27/t-magazine/times-journalists-aids-gay-history.html>
- Suárez, M. (s.f.). *Del AZT a TARGA: una breve historia del VIH y sus tratamientos*. Disponible en: <http://gtt-vih.org/book/print/1363>
- Tapia, T. (2017). León Zuleta: el padre del movimiento LGBTI que Colombia olvidó. *Pacifista* [en línea]. Disponible en: <http://pacifista.co/leon-zuleta-el-olvido-del-padre-de-los-movimientos-lgbt-en-colombia/>
- Universia México. (2016). La OMS elimina la homosexualidad del catálogo de enfermedades mentales. Disponible en: <http://noticias.universia.net.mx/cultura/noticia/2016/05/17/1139527/oms-elimina-homosexualidad-catalogo-enfermedades-mentales.html>
- Universidad EAFIT. (s.f.). *¿Por qué hay violencia en Colombia?* Disponible en: <http://www.eafit.edu.co/ninos/reddelaspreguntas/Paginas/por-que-hay-violencia-en-colombia.aspx>
- Uprimny, R (s.f). *La Constitución de la diversidad* [en línea]. Disponible en: <http://viva.org.co/cajavirtual/svc0020/articulo02.pdf>
- Velandia, M. (2006). *Una visión del sida a partir de 19 años de prevención en Colombia: éxitos y fracasos* [en línea]. Disponible en: <http://manuelvelandiaautobiografiayarticulos.blogspot.com/2007/12/una-visin-del-sida-partir-de-19-aos-de.html>
- Velandia, M. (2007). *Historia del Movimiento Homosexual Colombiano desde sus orígenes hasta la culminación del siglo XX* [en línea]. Disponible en: <http://manuelvelandiaautobiografiayarticulos.blogspot.com/2007/12/historia-del-movimiento-homosexual.html>

Escuela de Comunicación Social
Facultad de Artes Integradas
Universidad del Valle

Cali, Colombia
2018